

PILAR QUINTANA

La perra



Lectulandia

Damaris, una mujer del Pacífico entrada en la madurez y con muchas decepciones a cuestas, adopta a una perra y la llama Chirly, como hubiera querido llamar a la hija que nunca tuvo. Nace, así, una relación intensa y entrañable, en la que Damaris pone todo de sí para enderezar un destino que ya creía del todo torcido.

Pilar Quintana

La perra

ePub r1.0

Titivillus 01-12-2020

Pilar Quintana, 2017

Editor digital: Titivillus

ePub base r2.1

—Esta mañana la encontré ahí, patas arriba —dijo doña Elodia señalando un lugar en la playa donde se juntaba la basura que el mar traía o desenterraba: troncos, bolsas plásticas, botellas.

—¿Envenenada?

—Yo creo.

—¿Qué hicieron con ella? ¿La enterraron?

Doña Elodia dijo que sí con la cabeza:

—Mis nietos.

—¿Arriba en el cementerio?

—No, aquí nomás en la playa.

Muchos perros del pueblo morían envenenados. Alguna gente decía que los mataban aposta, pero Damaris no podía creer que hubiera personas capaces de hacer algo así y pensaba que los perros se comían por error las carnadas con veneno que dejaban para las ratas o a las ratas que estando envenenadas eran fáciles de cazar.

—Lo siento —dijo Damaris.

Doña Elodia solo asintió. Había tenido esa perra mucho tiempo, una perra negra que se la pasaba echada junto al estadero y andaba detrás de ella para todos lados: la iglesia, la casa de la nuera, la tienda, el muelle... Debía estar muy triste, pero no lo mostraba. Dejó al cachorro que acababa de alimentar con una jeringa que llenaba con la leche de una taza y agarró otro. Había diez y eran tan pequeños que no habían abierto los ojos.

—Tienen seis días de nacidos —dijo doña Elodia—, no van a sobrevivir.

Ella había sido vieja desde que Damaris tenía memoria, usaba unas gafas de vidrios gruesos que le agrandaban los ojos y era gorda de la cintura para abajo, una persona de pocas palabras que se movía con lentitud y se mantenía tranquila hasta en los días más ocupados del estadero, cuando había borrachos y niños que corrían por entre las mesas. En cambio, ahora se le notaba el agobio.

—¿Por qué no los reparte? —dijo Damaris.

—Ya se llevaron uno, pero nadie quiere a los perros tan chiquitos.

Como era temporada baja, en el estadero no había mesas ni música ni turistas ni nada, solo el espacio vacío que ahora se veía enorme con doña Elodia sentada en un banco y los diez cachorros dentro de una caja de cartón. Damaris los miró con atención hasta que se decidió por uno.

—¿Me puedo llevar ese? —dijo.

Doña Elodia puso en la caja al que acababa de alimentar, sacó el que Damaris había señalado, uno de pelo gris y orejas caídas, y lo miró por detrás.

—Es una hembra —dijo.

Cuando la marea estaba baja, la playa se volvía inmensa, un descampado de arena negra que más parecía barro. Cuando estaba alta, el agua la tapaba toda y las olas traían palos, ramas, semillas y hojas muertas de la selva y los revolvían con la basura de la gente. Damaris venía de visitar a su tía en el otro pueblo, que quedaba arriba, en tierra firme, pasando el aeropuerto militar, y era más moderno, con hoteles y restaurantes de concreto. Había parado en la casa de doña Elodia por curiosidad, al verla con los perritos, y ahora iba para su casa en la punta opuesta de la playa. Como no tenía dónde meter a la perra, se la puso contra el pecho. Le cabía en las manos, olía a leche y le hacía sentir unas ganas muy grandes de abrazarla fuerte y llorar.

El pueblo de Damaris era una calle larga de arena apretada con casas a lado y lado. Todas las casas estaban destartadas y se elevaban del suelo sobre estacas de madera, con paredes de tabla y techos negros de moho. Damaris tenía un poco de temor de la reacción de Rogelio cuando viera a la perra. A él no le gustaban los perros, y si los criaba era solamente para que ladraran y cuidaran la propiedad. Ahora tenía tres: Danger, Mosco y Olivo.

Danger, el mayor, era parecido a los labradores que usaban los militares para olfatear las lanchas y los equipajes de los turistas, pero tenía la cabeza grande y cuadrada como las de los pitbulls que había en el Hotel Pacífico Real del otro pueblo. Era hijo de una perra del finado Josué, a quien sí le habían gustado los perros. Él los tenía para que ladraran, pero también les daba cariño y los entrenaba para que lo acompañaran a cazar.

Rogelio contaba que un día que estaba visitando al finado Josué, un cachorro que todavía no cumplía dos meses se alejó de la camada para ladrarle. Él pensó que ese era el perro que necesitaba. El finado Josué se lo regaló y Rogelio lo llamó Danger, que significa peligro. Danger creció para convertirse en lo que prometía, un perro celoso y bravo. Cuando hablaba de él, Rogelio parecía sentir respeto y admiración, pero en el trato no hacía más que espantarlo, gritarle «¡Fuchi!» y levantarle la mano para que recordara todas las veces que le había pegado.

Se notaba que Mosco había tenido mala vida de cachorro. Era pequeño, flaco y tembloroso. Un día apareció en la propiedad y, como Danger lo aceptó, se quedó a vivir. Venía con una herida en la cola, que a los pocos días se le infectó. Para cuando Damaris y Rogelio se dieron cuenta, la herida se le había llenado de gusanos y a Damaris le pareció ver que de ella salía volando una mosca ya completamente formada.

—¿Viste?! —dijo.

Rogelio no había visto nada, y cuando Damaris se lo explicó se rio a carcajadas y dijo que por fin le habían encontrado el nombre a ese animal.

—Ahora quedate quieto, Mosco hijueputa —ordenó.

Lo agarró por la punta de la cola, alzó su machete y, antes de que Damaris pudiera entender lo que haría, se la cortó de tajo. Aullando, Mosco salió a correr y Damaris miró a Rogelio horrorizada. Él, con la cola plagada de gusanos todavía en la mano, alzó los hombros y dijo que solo lo había hecho para detener la infección, pero ella siempre creyó que lo había disfrutado.

El más joven, Olivo, era hijo de Danger y la perra de las vecinas, una labradora chocolate que ellas decían que era pura. Se parecía a su papá, aunque tenía el pelo más largo y rucio. Olivo era el más arisco de los tres. Ninguno se acercaba a Rogelio y todos desconfiaban de la gente, pero Olivo no se acercaba a nadie y desconfiaba tanto que no comía si había personas a la vista. Damaris sabía que era porque Rogelio aprovechaba cuando estaban comiendo para llegar hasta ellos sin que se dieran cuenta y agarrarlos a latigazos con una guadua delgada que tenía solo para eso. Lo hacía cuando habían hecho algún daño o porque sí, por el placer que le daba pegarles. Además Olivo era traicionero: mordía sin ladrar y por detrás.

Damaris se dijo que con la perra todo sería diferente. Era suya y ella no permitiría que Rogelio le hiciera ninguna de esas cosas, no dejaría ni que la mirara mal. Había llegado a la tienda de don Jaime y se la mostró.

—Qué cosita tan pequeña —dijo él.

La tienda de don Jaime solo tenía un mostrador y una pared, pero estaba tan bien surtida que en ella se conseguían desde alimentos hasta clavos y tornillos. Don Jaime era del interior del país, había llegado sin nada en los tiempos en que estaban construyendo la base naval y se juntó con una negra del pueblo más pobre que él. Alguna gente decía que había progresado gracias a que hacía brujería, pero Damaris pensaba que era por ser un hombre bueno y trabajador.

Ese día él le fío las verduras de la semana, un pan para el desayuno del día siguiente, una bolsa de leche en polvo y una jeringa para alimentar a la perra. Además, le regaló una caja de cartón.

Rogelio era un negro grande y musculoso, con cara de estar enojado todo el tiempo. Cuando Damaris llegó con la perra, él estaba afuera limpiando el motor de la guadañadora. Ni siquiera la saludó.

—¿Otro perro? —dijo—. Ni creás que me voy a encargar de él.

—Acaso quién te está pidiendo algo —respondió ella y siguió derecho hacia la cabaña.

La jeringa no funcionó. Damaris tenía un brazo poderoso pero torpe y los dedos tan gordos como el resto de su persona. Cada vez que empujaba, el émbolo se le iba hasta el fondo y el chorro de leche salía disparado del hocico de la perra y se derramaba por todas partes. Como la perra no sabía lamer, no podía darle la leche en un tazón, y los teteros que vendían en el pueblo eran para bebés humanos, demasiado grandes. Don Jaime le recomendó que usara un gotero y ella lo intentó, pero comiendo gota a gota la perra no se llenaría la barriga nunca. Entonces a Damaris se le ocurrió remojar un pan con la leche y dejar que la perra lo chupara. Esa fue la solución: se lo devoró entero.

La cabaña donde vivían no quedaba en la playa sino en un acantilado selvático donde la gente blanca de la ciudad tenía casas de recreo grandes y bonitas con jardines, andenes empedrados y piscinas. Para llegar al pueblo se bajaba por unas escaleras largas y empinadas que, como llovía tanto, debían restregar a menudo para quitarles la lama y que no se pusieran resbalosas. Luego había que atravesar la caleta, un brazo del mar ancho y torrentoso como un río, que se llenaba y vaciaba con la marea.

En esos días la marea estaba alta de mañana, así que para comprar el pan de la perra Damaris tenía que levantarse a primera hora, cargar el canalete desde la cabaña, bajar las escaleras con él al hombro, empujar el potrillo desde el embarcadero, meterlo al agua, canaletear hasta el otro lado, amarrar el potrillo a una palma, llevar el canalete al hombro hasta la casa de alguno de los pescadores que vivían junto a la caleta, pedirle al pescador, su mujer o los niños que se lo cuidaran, oírle las quejas y los cuentos al vecino y atravesar medio pueblo caminando hasta la tienda de don Jaime... Y lo mismo de vuelta. Todos los días, aun bajo la lluvia.

Durante el día Damaris llevaba a la perra metida en el brasier, entre sus tetas blandas y generosas, para mantenerla calientica. Por las noches la dejaba en la caja de cartón que le había regalado don Jaime, con una botella de agua caliente y la camiseta que había usado ese día para que no extrañara su olor.

La cabaña donde vivían era de madera y estaba en mal estado. Cuando caía una tormenta temblaba con los truenos y se hamacaba con el viento, el agua se metía por las goteras del techo y las rendijas entre las tablas de las

paredes, todo se enfriaba y humedecía, y la perra se ponía a chillar. Hacía mucho tiempo que Damaris y Rogelio dormían en cuartos separados, y en esas noches ella se levantaba rápido, antes de que él pudiera decir o hacer algo. Sacaba a la perra de la caja y se quedaba con ella a oscuras, acariciándola, muerta de susto por las explosiones de los rayos y la furia del vendaval, sintiéndose diminuta, más pequeña y menos importante en el mundo que un grano de la arena del mar, hasta que la perra dejaba de chillar.

También la acariciaba de día, por la tarde, luego de que acababa los oficios de la mañana y el almuerzo, y se sentaba en una silla plástica a ver las telenovelas con ella en su regazo. Cuando estaba en la cabaña, Rogelio la veía pasar sus dedos por el lomo de la perra, pero no hacía ni decía nada.

Luzmila sí hizo comentarios el día que vino de visita, y eso que en ningún momento Damaris llevó a la perra entre el brasier sino que la mantuvo en la caja el mayor tiempo que pudo. Luzmila, a diferencia de Rogelio, no les hacía daño a los animales, pero los despreciaba y era el tipo de persona que veía solo lo negativo de las cosas y se mantenía criticando a los demás.

La perra se la pasaba durmiendo. Cuando se despertaba, Damaris le daba de comer y la ponía en el pasto para que hiciera sus necesidades. Durante la visita de Luzmila se despertó dos veces y las dos veces Damaris le dio de comer y la puso en el pasto, que estaba empapado con la lluvia de toda una noche y toda una mañana. Hubiera preferido que Luzmila no la conociera, que ni se enterara de que la tenía, pero no iba a dejar que la perra pasara hambre ni se ensuciara. El cielo y el mar eran una sola mancha gris y la humedad en el aire era tanta que un pescado habría podido seguir viviendo fuera del agua. A Damaris le habría gustado secarle las patas con una toalla y frotarla un poco con sus manos para calentarla antes de devolverla a la caja, pero se contuvo porque Luzmila no paraba de mirarla con malos ojos.

—Vas a matar a ese animal de tanto tocarlo —dijo.

A Damaris le dolió el comentario, pero se quedó callada. No valía la pena ponerse a pelear. Luego Luzmila preguntó con cara de asco cómo se llamaba y Damaris tuvo que decirle que Chirli. Ellas eran primas hermanas y se habían criado juntas desde que nacieron, por lo que sabían todo una de la otra.

—¿Chirli como la reina de belleza? —se rio Luzmila—, ¿así no era que le ibas a poner a tu hija?

Damaris no había podido tener hijos. Se juntó con Rogelio a los dieciocho y llevaba dos años con él cuando la gente empezó a decirles «¿Para cuándo los bebés?» o «Qui'hubo que se están demorando». Ellos no estaban haciendo nada para prevenir el embarazo y entonces Damaris comenzó a tomar infusiones de dos hierbas del monte, la María y la Espíritu Santo, que había oído decir que eran muy buenas para la fertilidad.

En esa época vivían en el pueblo, en una pieza alquilada, y ella recogía las hierbas en el acantilado sin pedirles permiso a los dueños de las propiedades. Aunque se sentía un poco deshonesto, consideraba que esas cuestiones eran asunto suyo y de nadie más. Las infusiones las preparaba y tomaba a escondidas, cuando Rogelio salía a pescar o cazar.

Él empezó a sospechar que Damaris andaba en algo y la siguió como a los animales que cazaba, sin que ella se diera cuenta. Cuando él vio las hierbas creyó que eran para hacer brujería, le salió al paso y la enfrentó furioso.

—¿Para qué es esa mierda?! —le dijo—. ¡¿Vos en qué estás?!

Lloviznaba. Estaban en medio del monte, en un lugar muy feo donde habían cortado los árboles para que pasaran los cables de la luz. Los troncos podridos que todavía quedaban en pie parecían las lápidas descuidadas de un cementerio. Él llevaba puestas sus botas pantaneras y ella, que estaba descalza, tenía los pies cubiertos de barro. Damaris agachó la cabeza y en voz baja le contó la verdad. Él se quedó un rato en silencio.

—Yo soy tu marido —le dijo por fin—, vos no estás sola en esto.

Desde ese momento fueron juntos a recoger las hierbas y preparar las infusiones, y por las noches discutían los nombres que les pondrían a sus hijos. Como no lograron ponerse de acuerdo en ninguno, decidieron que él escogería los de los varones y ella los de las hembras. Querían tener cuatro, ojalá una pareja de cada sexo. Pero pasaron otros dos años y ya tuvieron que explicarles a los que preguntaban que el problema era que ella no quedaba embarazada. La gente empezó a evitar el tema y la tía Gilma le aconsejó a Damaris que fuera adonde Santos.

Aunque tenía nombre masculino, Santos era una mujer, la hija de una negra del Chocó y un indígena del bajo San Juan. Conocía de hierbas, sabía sobar y curaba con secreto, es decir, invocando palabras y rezos. A Damaris le hizo un poco de cada cosa y cuando vio que fracasaba le dijo que el problema debía ser de su marido y lo mandó llamar. Aunque se notaba incómodo, Rogelio se tomó todos los bebedizos, aceptó todos los rezos y soportó todas las friegas que le hizo Santos, pero entre más tiempo pasaba sin que se produjera el embarazo más reacio se ponía y un día anunció que ya no iría más. Damaris lo tomó como un ataque en contra de ella y le dejó de hablar.

Aunque no dejaron de vivir juntos ni de dormir en la misma cama, estuvieron tres meses sin dirigirse la palabra. Una noche Rogelio llegó medio borracho y le dijo que él también quería un hijo, pero sin la presión de Santos ni de ninguna hijueputa hierba, friega o rezo, y que si ella quería él estaba ahí para que lo siguieran intentando. La pieza donde vivían era el cuarto trasero de una casa grande que hacía mucho tiempo había dejado de ser la mejor del pueblo. Ahora estaba malparada, con comejenes y roña, y la pieza era tan estrecha que apenas cabían la cama, su viejo televisor de caja y una estufa a gas de dos boquillas. Pero tenía una ventana que daba al mar.

Damaris se quedó un rato junto a la ventana sintiendo en su cara la brisa con olor a hierro oxidado. Cuando él terminó de desnudarse y se acostó, ella cerró la ventana, se tendió a su lado y empezó a acariciarlo. Esa noche tuvieron relaciones sin pensar en hijos ni en nada más y ya no volvieron a

hablar del tema, aunque a veces, al enterarse del embarazo de alguna conocida o del nacimiento de un niño en el pueblo, ella lloraba en silencio, apretando los ojos y los puños, luego de que él se quedaba dormido.

Cuando Damaris cumplió treinta años estaban en mejores condiciones y se habían pasado a una pieza un poco más amplia de la misma casa. Ella trabajaba en una de las propiedades del acantilado —la de la señora Rosa—, por lo que recibía un sueldo fijo, y él pescaba en unas embarcaciones grandes llamadas viento y marea, que duraban varios días en altamar y podían cargar toneladas de pescado. En una salida, Rogelio y su compañero cogieron tres meros y un montón de sierras y se encontraron con un banco de pargos rojos que pudieron aprovechar, casi una tonelada y media en total, y a cada uno le quedó una buena cantidad de plata. Él quería comprarse un nuevo trasmallo y un equipo de sonido grande con cuatro parlantes, pero Damaris llevaba un tiempo pensando cómo decirle que ella no había dejado de desear un hijo y quería volverlo a intentar sin importar los sacrificios que tuvieran que hacer.

La tía Gilma le había contado de una mujer bastante mayor que ella, de treinta y ocho años, que había logrado quedar embarazada y ahora tenía un bebé precioso gracias a la intervención del jaibaná, un médico indígena que tenía fama en el otro pueblo. Las consultas eran costosas, pero con la plata que habían reunido podrían empezar los tratamientos. Luego ya verían. La noche que Rogelio anunció que al día siguiente iría a Buenaventura a comprar el equipo de sonido, Damaris se puso a llorar.

—Yo no quiero un equipo de sonido —le dijo—, yo quiero un bebé.

Llorando, le contó la historia de la mujer de treinta y ocho, de las veces que había llorado en silencio, de lo horrible que era que todo el mundo pudiera tener hijos y ella no, de las cuchilladas que sentía en el alma cada vez que veía a una mujer preñada, un recién nacido o una pareja con un niño, del suplicio que era vivir ansiando un ser pequeñito para acunarlo en su pecho y que todos los meses le llegara la regla. Rogelio la escuchó sin decir palabra y luego la abrazó. Estaban en la cama, por lo que el abrazo fue con todo el cuerpo y así se quedaron dormidos.

El jaibaná vio a Damaris durante largo tiempo. Le dio bebedizos, le preparó baños y sahumerios y la invitó a ceremonias en las que la ungió, la frotó, le fumó, le rezó y le cantó. Luego hizo lo mismo con Rogelio, que esta vez no tuvo mala actitud ni renunció. Esos fueron solo los preparativos. El verdadero tratamiento consistía en una operación que le haría a Damaris, sin abrirla por ninguna parte, para limpiar los caminos que debían recorrer su

huevo y el espermatozoide de Rogelio y preparar el vientre que recibiría al bebé. Era muy costosa y tuvieron que ahorrar durante un año para poderla pagar.

La operación tuvo lugar una noche en el consultorio del jaibaná, una choza con techo de paja y estacas altísimas, que quedaba más allá del otro pueblo, en medio de un monte talado y reseco, donde abundaban los jejenes y las malezas, las hierbas cortaderas y los helechos filudos que crecían amontonándose unos sobre otros. Damaris y Rogelio se despidieron afuera de la choza, pues nadie más que ella y el jaibaná podían estar presentes.

Cuando estuvieron solos, el jaibaná le dio a beber un líquido oscuro y amargo y le dijo que se acostara en el suelo, en una colchoneta. Ella tenía puesta una licra hasta las rodillas y una blusa de manga corta, y apenas se tendió se vio acosada por una nube de jejenes que dejaban tranquilo al jaibaná mientras que a ella la picaban en todo el cuerpo, hasta en las orejas, el cuero cabelludo y por encima de la ropa. Los jejenes desaparecieron de repente y Damaris empezó a escuchar a un búho que ululaba a lo lejos. El canto del búho fue acercándose poco a poco y cuando se hizo tan fuerte que era lo único que podía oír, se quedó dormida.

No sintió nada más y a la mañana siguiente se despertó con la ropa intacta, el mismo dolor ligero en la espalda de todos los días y ninguna novedad en el cuerpo. Rogelio la estaba esperando afuera y la llevó de vuelta a la casa.

Damaris ni siquiera tuvo un atraso, y el jaibaná les dijo que ya no podía hacer más por ellos. De alguna forma fue un alivio, pues tener relaciones se había convertido para ellos en una obligación. Dejaron de tenerlas, al principio tal vez solo para descansar, y ella se sintió liberada, pero al mismo tiempo derrotada e inútil, una vergüenza como mujer, una piltrafa de la naturaleza.

En esa época ya vivían en el acantilado. La cabaña tenía una salita, dos cuartos estrechos, un baño sin ducha y una barra sin lavaplatos donde habrían podido poner su estufa, pero prefirieron cocinar en el quiosco, que era amplio y contaba con un lavaplatos grande y un fogón de leña que les permitía ahorrarse lo que costaba el cilindro de gas. La cabaña era pequeñísima, Damaris no se demoraba más de dos horas en limpiarla. Sin embargo, por esos días se dedicó al trabajo con tanta obsesión que le tomó una semana. Restregó las tablas de las paredes por fuera y por dentro, las del piso por encima y por debajo, sacó con un cepillo de dientes la mugre de las uniones entre las tablas, escarbó con un clavo en los orificios y las grietas de la madera y lavó con una esponja la cara interna de las láminas del techo. Para

poder hacer esto último se trepó en una silla plástica, en la barra de la cocina y en la cisterna del inodoro, que, como era de cerámica, se rompió bajo su peso y tuvieron que ahorrar para reponerla.

Al cabo de dos meses, cuando Rogelio volvió a buscar a Damaris, ella lo rechazó y la noche siguiente lo volvió a rechazar y así a lo largo de una semana hasta que él dejó de intentarlo. A Damaris le alegró. Ya no se ilusionaba con la posibilidad de quedar embarazada, no esperaba con ansiedad la falta de la regla ni sufría cada vez que le llegaba. Pero él, amargado o resentido, empezó a echarle en cara que hubiera roto la cisterna, y cada vez que se le resbalaba alguna cosa de las manos —un plato, un frasco, un vaso—, lo que ocurría a menudo, la criticaba y se burlaba. «Burda», le decía, «¿vos creés que la loza se da en los árboles?». «La próxima te la cobro, ¿sí me oíste?». Una noche, con la disculpa de que él roncaba y no la dejaba dormir, Damaris se fue al otro cuarto y ya no volvió más.

Ahora estaba a punto de cumplir cuarenta, la edad en que las mujeres se secan, como le había oído decir una vez a su tío Eliécer. Hacía poco, el día que adoptó a la perra, Luzmila le había hecho un alisado, y mientras le echaba el producto le admiró la piel, que se le mantenía muy bien, sin manchas ni arrugas.

—En cambio mírame a mí —dijo y, a modo de explicación, añadió—: claro, como no tuviste hijos.

Ese día Luzmila estaba de buen genio y solo había querido alabarla, pero a Damaris le dolió hasta el hueso darse cuenta de que ella, y seguramente todo el mundo, daban su caso por perdido, y lo estaba, ella lo sabía, pero le costaba aceptarlo.

Así que este nuevo comentario de su prima, que a los treinta y siete tenía dos hijas y dos nietas, le hizo dar ganas de ponerse dramática como en las telenovelas y decirle con lágrimas en los ojos, para que se arrepintiera de su maldad: «Sí, la llamé Chirli, como a la hija que nunca tuve». Pero no se puso dramática ni dijo nada. Llevó a la perra de vuelta a la caja y le preguntó a su prima si esa semana había hablado con su papá, el tío Eliécer, que vivía en el sur y últimamente no se sentía bien de salud.

A veces, cuando bajaba al pueblo, Damaris iba a la casa de doña Elodia a preguntar por los perritos. Doña Elodia se había quedado con uno, que mantenía en el estadero dentro de la caja de cartón y al que seguía alimentando con la jeringa. Había conseguido repartir los demás entre conocidos de los dos pueblos, pero los cachorros se morían día tras día. Uno porque en su nueva casa lo había atacado el perro principal, los siete restantes no se sabía por qué. Damaris trataba de convencerse de que era porque estaban demasiado tiernos y la gente no sabía cómo cuidarlos, pero las palabras de Luzmila sonaban en su cabeza una y otra vez, «Vas a matar a ese animal de tanto tocarlo», y pensaba que tal vez ella también estaba haciendo todo mal y un día de estos la perra iba a amanecer tiesa como sus hermanos.

Al final del primer mes, de los once perritos solo quedaban tres: la de Damaris, el de doña Elodia y el de Ximena, una señora como de sesenta años que vivía de vender artesanías en el otro pueblo. A Damaris le sorprendió que el de esa señora no se hubiera muerto. Ella no la conocía bien, pero sabía que se daba mala vida. Una vez, durante el festival de las ballenas, la había visto tan borracha que no podía tenerse en pie y otra vez, un domingo por la mañana, la encontró tirada en las escaleras que bajaban a la playa del otro pueblo, durmiendo la borrachera con pegotes de vómito en la ropa.

—Ya los nuestros se salvaron —le dijo doña Elodia—, si alguno se llega a morir es por otra cosa.

Damaris sintió primero alivio y luego satisfacción de que la equivocada hubiera sido Luzmila, aunque no se lo echaría en cara. Su prima se sentía atacada con cada cosa que ella le decía y se ponía brava por todo. ¿Para qué meter cizaña cuando la perra, que hacía rato había abierto los ojos y caminaba en busca de su comida, se encargaría de darle la razón?

Damaris seguía llevando a la perra en el brasier, pero cada día estaba más pesada y la ponía más tiempo en el suelo. Había aprendido a lamer, comer del tazón, alimentarse de sopas de pescado que Damaris le preparaba y, en los últimos días, de sobrados, como los otros perros. Además estaba enseñándole a hacer sus necesidades afuera de la cabaña y el quiosco, donde pasaban la mañana mientras Damaris cocinaba y doblaba la ropa limpia.

Hasta ese momento Rogelio no se había metido con la perra. Pero ahora que estaba más despierta, que perseguía a Damaris hacia todos lados, saltaba y le atacaba los pies y mortificaba a los perros con sus dientes filudos, ella se puso vigilante. Si Rogelio le hacía algo, si se atrevía tan solo a levantarle la mano, lo mataría. Sin embargo, lo único que él hizo fue decirle que ya era

tiempo de sacarla de la cabaña, no fuera a acostumbrarse a estar donde la gente y a hacer daños en la casa grande.

El tío Eliécer había sido dueño del acantilado hasta los años setenta, cuando lo dividió en cuatro lotes y los puso a la venta. Damaris se había criado con él porque el hombre que preñó a su mamá, un soldado que había prestado el servicio militar en la zona, la abandonó cuando estaba embarazada y ella, para poder sostener a su hija, tuvo que irse a trabajar a una casa de familia en Buenaventura. Mandaba plata cada vez que podía y venía a pasar las Navidades, la Semana Santa y algún fin de semana largo. Damaris creció en una cabaña que el tío Eliécer y la tía Gilma tenían en el terreno que hoy era de la señora Rosa y que fue el primero que vendieron. Luego vendieron el terreno contiguo a un ingeniero de Armenia y el de atrás a los Reyes.

Los Reyes eran el señor Luis Alfredo, que era de Cali pero vivía en Bogotá, su esposa Elvira, ella sí bogotana, y su hijo Nicolasito. Ellos mandaron construir una casa grande, toda de láminas de aluminio —el material más moderno que existía en ese momento—, con piscina y un quiosco amplio con lavaplatos y fogón de leña para los sancochos, los asados y las fiestas. Además, una cabaña de madera para los cuidanderos. La familia de Damaris se mudó al terreno que todavía no habían vendido y colindaba con el de los Reyes. Como ellos venían todas las vacaciones, Nicolasito y Damaris se hicieron amigos. Eran de la misma edad y cumplían en la misma fecha, una fecha horrible para un cumpleaños: el primero de enero.

Era diciembre. En el pueblo todavía no habían puesto la luz, Shirley Sáenz era la nueva Señorita Colombia y Damaris y Luzmila se la pasaban admirándola en unas revistas *Cromos* que la señora Elvira había traído de Bogotá. Nicolasito se las daba de explorador y organizaba unas caminatas por el acantilado en las que Damaris hacía de guía y a las que llevaban linternas aunque fueran de día. Iban a cumplir ocho años. La mayoría de las veces Luzmila los acompañaba, pero ese día se enfureció porque no la dejaron ir al frente de la expedición, tiró al piso el palo que llevaba para defenderse de las culebras y se fue para su casa renegando.

Damaris y Nicolasito llegaron solos a su destino, un punto bajo y lleno de peñas donde las olas lamían el acantilado. Al principio se quedaron tranquilos mirando unas hormigas arrieras que bajaban por un árbol en fila y cargadas con pedazos de hojas. Eran grandes, rojas y duras, con puntas filudas en la cabeza y el lomo. «Parece que tuvieran armaduras», dijo Nicolasito. Entonces se acercó a las peñas diciendo que quería que el rocío de las olas lo mojara. Damaris trató de impedirlo, le explicó que era peligroso, le dijo que en ese lugar las peñas eran resbalosas y el mar traicionero. Pero él no hizo caso, se

paró sobre las peñas y la ola que reventó en ese momento, una ola violenta, se lo llevó.

La imagen quedó grabada en la memoria de Damaris así: un niño blanco y alto frente al mar, a continuación el chorro blanco de la ola y luego nada, las peñas vacías sobre un mar verde que a lo lejos parecía tranquilo. Y ella ahí, junto a las arrieras, sin poder hacer nada.

Damaris tuvo que devolverse sola por una selva que le pareció más cerrada y oscura que nunca. Arriba las copas de los árboles se juntaban y abajo cruzaban sus raíces. Los pies se le enterraban en la alfombra de hojas muertas del suelo y se sumían en el barro y ella empezó a sentir que la respiración que escuchaba no era suya sino de la selva y que era ella —y no Nicolasito— la que se estaba ahogando en un mar verde repleto de hormigas y plantas. Quiso huir, perderse, no decirle nada a nadie y que la selva se la tragara. Empezó a correr, se tropezó, cayó, se levantó y volvió a correr.

Cuando llegó a la propiedad de los Reyes, se encontró con que la tía Gilma estaba en la cabaña conversando con los cuidanderos. La tía Gilma escuchó lo que Damaris le contó, pero no le dijo ni una sola palabra de regaño y se encargó de todo. Les pidió a los cuidanderos que salieran en el potrillo a buscar a Nicolasito y ella fue a avisarle a la señora Elvira lo que había pasado. Como el señor Luis Alfredo andaba pescando en altamar, la señora estaba sola en la casa. La tía Gilma entró y Damaris se quedó esperando en el balcón. No había viento. Las hojas de los árboles se habían quedado quietas y lo único que se oía era el mar. A Damaris le pareció que el tiempo se estiraba y que ella estaría ahí hasta hacerse adulta y luego vieja.

Por fin salieron. La señora Elvira estaba como loca. Gritaba, lloraba, se agachaba para quedar a su altura, se levantaba, daba vueltas por el balcón, manoteaba, le hacía una pregunta y otra y luego volvía a preguntar lo mismo de distinta manera. A Damaris se le olvidó qué le preguntaba, pero no la cara de la señora, ni su angustia ni sus ojos, que eran azules, con las venitas de adentro reventadas y la sangre manchando la parte blanca.

Ese día buscaron a Nicolasito hasta que se hizo de noche y lo siguieron buscando sin descanso todos los días. El tío Eliécer estaba ayudando en la búsqueda, y por las tardes, cuando llegaba con las malas noticias, se sentaba en un tronco que tenían en la entrada de la cabaña. Damaris sabía que esa era la señal para que se acercara. Lo hacía sin demora, pues no quería que él se enojara más de lo que ya lo estaba. Entonces el tío agarraba una rama de guayabo dura y elástica y la azotaba. La tía Gilma le había dicho que no se tensara, que entre más flojos tuviera los muslos, que era donde el tío le

pegaba, menos le dolería. Ella lo intentaba, pero el susto y el estallido del primer latigazo hacían que apretara todos los músculos, y cada nuevo latigazo la lastimaba más que el anterior. Sus muslos parecían la espalda de Cristo. El primer día le había dado uno, el segundo dos, y así había ido aumentando por cada día que Nicolasito no aparecía.

El tío Eliécer paró el día que habría tenido que darle treinta y cuatro latigazos. Habían pasado treinta y cuatro días, el mayor tiempo que el mar se había demorado en devolver un cuerpo. Estaba despellejado por la acción del salitre y el sol, comido por los peces en algunas partes hasta el hueso y, según dijo la gente que estuvo cerca, hediondo.

La tía Gilma, Luzmila y Damaris fueron a verlo desde el acantilado. Un cuerpo que ahora parecía más pequeño, el cuerpecito de un niño, tirado en la arena, y la señora Elvira, tan rubia, tan flaca, tan linda, levantándolo un poco del suelo para abrazarlo y llenarlo de besos como si todavía fuera hermoso. La tía Gilma le pasó el brazo a Damaris por la espalda y ella no aguantó más y se soltó a llorar por primera vez desde la tragedia.

Los Reyes no volvieron a su casa del acantilado, pero tampoco la pusieron en venta. El tío Eliécer vendió el último de sus terrenos a unas hermanas de Tuluá, y mandó construir una casa de dos pisos en el pueblo, adonde se fue a vivir con su familia y la mamá de Damaris, que no tuvo que trabajar más en Buenaventura. Fue una época de abundancia. Con las ganancias de las primeras ventas, el tío se había comprado un terreno en el sur, adonde se fueron a vivir los hijos que tenía con su primera mujer, y dos lanchas, que alquilaba para pescar. De pronto se había convertido en un hombre pudiente y hacía unas fiestas que ocupaban la calle y duraban todo el fin de semana. Así se le empezó a ir la plata.

Llegó a tener tantas deudas que para pagarlas tuvo que vender una de las lanchas. Entonces vino la racha de mala suerte. Al año siguiente la segunda lancha se hundió en una marejada y a los pocos meses, en las celebraciones de diciembre, una bala perdida hirió en el pecho a la mamá de Damaris. En el puesto de salud del pueblo no pudieron hacer nada por ella y la llevaron de urgencia en un bote a Buenaventura, pero para cuando llegaron al hospital ella ya había muerto. Damaris, que estaba a punto de cumplir quince años, canceló su fiesta. La había estado planeando con su mamá y ahora solo quería que la dejaran llorar tranquila en el cuarto que compartía con Luzmila. Su prima se sentaba a su lado en la cama, le hacía trencitas en el pelo y le contaba chismes del pueblo hasta que lograba hacerla reír.

La gente del pueblo decía que tantas desgracias seguidas no eran normales y tenían que ser obra de algún envidioso que les había hecho una brujería. Preocupados, los tíos llamaron a Santos y ella les hizo una limpieza a la casa y a todos los miembros de la familia, pero la situación no mejoró.

Una marea brava tumbó la casa y, como no hubo plata para reconstruirla, la familia se dividió. Para esa época ya Rogelio había venido a parar al pueblo en un barco de pesca averiado. Mientras llegaban los repuestos de Buenaventura y lo arreglaban, se dedicó a tomar cerveza y a mirar a las muchachas del pueblo. Conoció a Damaris un domingo en la playa y, cuando el barco estuvo listo, renunció a su trabajo, alquiló una pieza en el pueblo y Damaris se juntó con él. El tío Eliécer y la tía Gilma se separaron. Él se fue a vivir al sur con sus hijos mayores y ella encontró un trabajo de camarera en el Hotel Pacífico Real y se mudó con Luzmila al otro pueblo.

Con el tiempo los Reyes dejaron de subirles el sueldo a los cuidanderos y de mandarles los productos que necesitaban para mantener la propiedad: detergentes, abonos, cera, fumigantes, pinturas, cloro, aceite y gasolina para la guadañadora y la planta de tratamiento de la piscina... Entonces se supo

que su empresa en Bogotá —una fábrica de maletines— había quebrado. Los cuidanderos renunciaron cuando se consiguieron un trabajo en una finca del interior, y Josué aceptó cuidar la casa de los Reyes. Acababa de llegar al pueblo y no tenía mujer, hijos ni nada que perder. Le pagaban menos de la mitad de un salario mínimo, pero él completaba pescando y cazando por su cuenta. Un día los Reyes ya no le pagaron más y él se quedó en la propiedad porque no tenía a dónde ir. Tiempo después murió de un tiro de escopeta en lo que pareció un accidente de cacería.

El tío Eliécer estaba en el sur, la tía Gilma había sufrido un derrame cerebral y era difícil entenderle cuando hablaba, y Luzmila, que ya tenía marido, acababa de parir a su segunda hija en Buenaventura. Aparte de Damaris, en el pueblo no quedaba nadie que hubiera sido cercano a los Reyes y pudiera darles la noticia de la muerte del cuidandero.

En esa época todavía no habían llegado los celulares a la zona. La oficina de Telecom quedaba entre los dos pueblos y era una de las pocas construcciones de ladrillo. Tenía una sola ventana y cuando hacía calor hacía más calor adentro, y si el día estaba fresco se sentía más fresco adentro. Damaris nunca había estado en Bogotá, ni siquiera en Cali. La única ciudad que conocía era Buenaventura, que quedaba a una hora en lancha y no tenía grandes edificios. Tampoco conocía el frío de las montañas, pero por lo que veía en televisión y decía la gente, se figuraba que Bogotá debía ser como la oficina de Telecom luego de una semana de lluvia: un lugar oscuro, con ecos y que olía a humedad como las cuevas.

El día que llamó a los Reyes estaba haciendo sol, pero había muchas nubes y en el pueblo hacía tal bochorno que era como estar dentro de la olla del sancocho. A Damaris las manos le sudaban y casi se le deshizo el papelito donde llevaba anotado el número de teléfono, que había sacado de un cuaderno del finado Josué. Entró a la cabina, marcó los números, la llamada se demoró un segundo demasiado largo en enganchar y, mientras oía los tonos, Damaris pensó que al otro lado de esos ruidos estaban una parte muy fea de su pasado y una ciudad monstruosa que no podía imaginar. Ya iba a colgar cuando contestó un hombre.

—¿Señor Luis Alfredo?

—Sí.

Damaris quiso huir.

—Habla con Damaris.

El señor Luis Alfredo escuchó el nombre y se hizo un silencio terrible, que ella recibió resignada como había recibido los latigazos de su tío todas las

tardés durante treinta y tres días. Para los Reyes ella era un ave negra, señal de malos augurios. Luego, como pudo, nerviosamente, le contó lo que había pasado: hacía dos días se había oído un tiro de escopeta en el acantilado. Su marido y otros hombres del pueblo subieron a buscar a Josué, pero no lo encontraron en la cabaña ni en los caminos. Al día siguiente ya había gallinazos en el acantilado y estos señalaron el lugar donde estaba el cuerpo.

—Se suicidó —dijo impresionado el señor Luis Alfredo.

—No, señor, yo no creo. La semana pasada yo había hablado con él y no se veía mal ni triste ni nada.

—Ya.

—Hasta tenía planes de ir a Buenaventura para comprar unas botas que necesitaba.

—Ya.

—Y mi marido dice que de pronto se cayó y se le disparó la escopeta. El cuerpo estaba en el monte en una posición muy rara.

—¿Tu marido?

—Sí, señor.

—Ya tenés treinta y tres años, ¿no?

Se hizo otro silencio terrible y luego Damaris habló como disculpándose:

—Sí, señor.

El señor Luis Alfredo suspiró. Luego lamentó la desgracia del cuidandero, le agradeció a Damaris la llamada y le preguntó si ella podía hacerse cargo de la propiedad.

—Vos sabés lo importante que es para nosotros.

—Sí, señor.

—Yo te voy a mandar lo de tu sueldo y los insumos.

Damaris sabía que no era verdad, pero hizo como que le creía y le dijo que sí a todo. No solo se sentía en deuda con los Reyes, también la emocionaba la idea de volver a vivir en el acantilado, que ella siempre había considerado su hogar.

No fue difícil convencer a Rogelio. En el acantilado no tendrían que pagar arriendo y la cabaña de los cuidanderos, aunque no era gran cosa, era más amplia que la pieza del pueblo y ellos podrían arreglarla. Para mantenerse seguirían trabajando como hasta ahora, él cazando en el monte y pescando en las embarcaciones viento y marea y ella en la casa de la señora Rosa, que ahora la necesitaba más que nunca, pues su marido, el señor Gene, había quedado postrado en una silla de ruedas.

Lo único que no les gustaba era que en la propiedad de los Reyes no había luz. Sin embargo, en la de la señora Rosa, que quedaba al frente, sí había y ella les dio permiso para sacar una extensión del transformador de electricidad que surtía su casa, y así Damaris y Rogelio pudieron alumbrarse. Subieron sus cosas, el viejo televisor de caja, la estufa de gas que nunca usaron, la cama y las sábanas que les había regalado la tía Gilma, y se acomodaron en la cabaña mejor de lo que lo habían estado nunca en la pieza del pueblo.

El trabajo en la propiedad de los Reyes no era complicado. Para lavar y limpiar usaban los productos que de todas maneras compraban para la cabaña, mantenían la piscina vacía y la lavaban cuando llovía, abonaban los jardines con desechos orgánicos que conseguían en el monte y Rogelio guadañaba con la gasolina que sobraba de sus salidas a pescar. La casa grande necesitaba una mano de pintura y que reemplazaran un par de láminas agrietadas, y a los andenes les hacía falta un refuerzo, pues el pavimento se había podrido en algunos tramos, pero ellos tenían siempre todo limpio y bien cuidado. Cuando vinieran, los Reyes no tendrían ninguna queja.

Los cuidanderos que habían trabajado para los Reyes lo habían hecho convencidos de que en algún momento ellos volverían al sitio donde había muerto su hijo. Así que todos se habían esforzado por mantener la casa y sobre todo el cuarto del finado Nicolasito como ellos lo habían dejado, en la medida que el clima, la selva, el salitre y el paso de los años lo habían permitido.

La casa grande había sido hecha para resistir las condiciones más duras. Las láminas de aluminio eran inoxidable, el piso era de trapichero, una madera finísima a la que no le entraban el comején ni el gorgojo, y para los cimientos y la base elevada habían usado una mezcla de concreto especial, más fuerte. No era una casa bonita sino práctica, con espacios amplios y muebles de materiales sintéticos. El cuarto del finado Nicolasito era el único decorado. La señora Elvira le había encargado la cama y el armario al mejor carpintero del pueblo y ella misma los había pintado con colores vivos. Las cortinas y el tendido de la cama los había traído de Bogotá y eran a juego, con un motivo de *El libro de la selva*. Se habían desteñido un poco y tenían unos cuantos agujeros, pero eran pequeñísimos y no se notaban de lejos. En el armario, entre bolitas de naftalina, quedaba alguna ropa de Nicolasito, unas camisetas y pantalones, dos pantalonetas de baño, un par de tenis y unas chanclas. La puerta se mantenía abierta con una caracola que él mismo había traído de Negritos un día que salió a pescar con su papá y sus juguetes estaban en un cofre de madera que también había pintado la señora Elvira. Sobrevivían los que eran de plástico o madera, pues los que tenían partes metálicas hacía años se habían oxidado.

Ahora Damaris aceptó que Rogelio tenía razón. La perra no debía acostumbrarse a estar con ella dentro de la cabaña o la casa grande, donde pasaba gran parte del tiempo limpiando y encerando. Podría destrozar algo: la caracola del finado Nicolasito, uno de sus juguetes, sus tenis o, Dios no lo quisiera, los muebles que le había pintado su mamá.

Con pesar y culpa, Damaris sacó a la perra de la cabaña y ya no la volvió a dejar subir detrás de ella a ninguna de las dos casas, que se elevaban del suelo sobre estacas, de concreto especial las de la casa grande y de madera ordinaria las de la cabaña. Pero tampoco la obligó a vivir debajo de ellas como a los otros perros. A la perra le dio un sitio en el quiosco, donde estaría protegida de la lluvia y los perros tenían prohibida la entrada.

Era el cumpleaños de la tía Gilma y Damaris salió temprano a visitarla, antes de que llegaran las primeras lanchas de Buenaventura. Ese día comenzaba la temporada alta de mitad de año y quería evitarse las hordas de turistas que desembarcarían en el muelle e irían al otro pueblo, donde estaban los mejores hoteles.

La noche anterior apenas había caído una llovizna. El cielo había amanecido despejado y el mar azul y muy quieto. Se veía que sería uno de esos raros días sin nubes, de cielo azul vivo y calor ardiente. Cuando pasó por la casa de doña Elodia, ella salió del interior y la llamó con la mano. En el estadero estaban sus hijas organizando las mesas y poniendo los manteles. Doña Elodia tenía su delantal de cocina y en las manos un cuchillo de destripar pescado.

—Se murió el perro de Ximena —dijo.

Damaris quedó desconcertada.

—¿Cómo? —preguntó.

—Ella dice que envenenado.

—Igual que la mamá.

Doña Elodia asintió.

—Ahora solo quedan su perra y el mío —dijo.

Los perros ya habían cumplido seis meses. El de doña Elodia estaba echado en la playa, afuera del estadero, en el lugar donde antes pasaba los días su mamá. Era de tamaño mediano como la perra de Damaris, pero eso era lo único en que se parecían. Tenía las orejas puntudas y el pelo negro y desordenado. En cambio, las orejas de su perra se habían mantenido caídas y su pelo seguía siendo gris, muy corto. Nadie habría pensado que eran de la misma camada. Damaris tuvo el impulso de volver a su casa para abrazar a la perra y asegurarse de que seguía bien, pero era el cumpleaños de la tía Gilma y se obligó a seguir hacia el otro pueblo.

Desde que había sufrido el derrame, a la tía Gilma le costaba moverse y pasaba todo su tiempo en una mecedora que corrían de la sala al corredor de la entrada y del corredor de la entrada a la sala. Dormía en un cuarto con las dos hijas y las nietas de Luzmila. El marido de la hija mayor trabajaba en Buenaventura y solo venía algunos fines de semana. Luzmila y su marido dormían en el otro cuarto. Él trabajaba en construcción y ella vendía productos de revistas: ropa, perfumes, maquillajes, alisadores para el pelo, baterías de cocina... No les iba mal. La casa era pequeña pero de ladrillo y tenía muebles: un comedor ovalado de madera y una sala con dos sofás tapizados en tela de flores.

Almorzaron arroz con camarones, cantaron el feliz cumpleaños y se comieron una torta con crema azul que habían encargado en Buenaventura. Las niñas le entregaron un regalo a su bisabuela y a ella se le escurrieron las lágrimas. Damaris le pasó el brazo por la espalda y se la estuvo sobando un rato. Luego las niñas quisieron jugar con la tía Damaris y se le encaramaron por las piernas y los brazos. La puerta y todas las ventanas estaban abiertas, pero el sol estaba en la mitad del cielo y no había un soplo de brisa. Luzmila y sus hijas se abanicaban con las revistas, la tía Gilma se mecía lentamente en su silla y las niñas siguieron brincando sobre Damaris, que empezó a sentirse sofocada.

—Ahora no —les decía—, paren por favor.

Pero las niñas no pararon sino hasta que Luzmila les pegó un grito y las mandó para su cuarto.

Por la tarde, cuando salía hacia su pueblo, Damaris pasó por los puestos de artesanías. Todavía llegaban turistas desde el muelle a pie o en mototaxi, con las maletas al hombro, cansados y sudando, pero la mayoría ya se había instalado en sus hoteles y muchos paseaban por ahí, mirando los jarrones de güérregue y los sombreros y las mochilas de jícara que los indígenas extendían en el suelo sobre sábanas desteñidas. Costaba avanzar entre la gente.

En un momento Damaris quedó atascada frente al puesto de Ximena, que era mucho mejor que el de los indígenas. Estaba elevado del suelo, tenía techo de plástico y el tablón donde ponía la mercancía estaba forrado en una tela de terciopelo azul. Vendía pulseras, collares, anillos, aretes, manillas tejidas, papel de arroz y pipas para fumar mariguana. Damaris y Ximena cruzaron una mirada y Ximena se levantó y la abordó.

—Me mataron a mi perrito —le dijo.

Ellas dos nunca habían hablado.

—Así me dijo doña Elodia.

—Fueron los vecinos, unos hijueputas.

Damaris se sintió incómoda de que le hablara mal de esas personas, aun cuando no sabía quiénes eran, pero al mismo tiempo Ximena le daba lástima. Olía a mariguana, tenía la voz ronca por el cigarrillo, la piel manchada y con arrugas y en las raíces del pelo, que llevaba largo y se teñía de negro, se veía que lo tenía todo blanco. Le contó que hacía unas semanas una gallina de los vecinos había cruzado la cerca y el perro la había matado mientras estaba en su propiedad, y ahora, misteriosamente, su perro aparecía muerto. Ximena no tenía ninguna otra prueba para acusar a los vecinos y ni siquiera podía

asegurar que el perro había sido envenenado. Damaris pensó que era posible que lo hubiera matado otra cosa, una culebra o una enfermedad, por ejemplo, y que si Ximena tenía tanta rabia contra los vecinos era solo para no hundirse en la tristeza.

—Yo quería una hembra —le confesó—, pero doña Elodia me dijo que usted se había quedado con la única de la camada, así que me lo llevé a él. Era diminuto, ¿se acuerda cómo eran? Mi Simoncito me cabía en las manos.

Cuando llegó a su casa Damaris se alegró de ver a la perra tanto como la perra de verla a ella y la estuvo acariciando un rato largo, hasta que se miró las manos y se dio cuenta de que se le habían manchado de mugre. Decidió bañarla. El sol todavía estaba pegando fuerte y ella necesitaba sacarse el calor y el sudor de la caminata. La bañó junto al lavadero con el cepillo y el jabón azul de lavar la ropa, para desgracia de la perra, que odiaba el agua y bajó la cabeza y escondió la cola.

Luego, mientras la perra se secaba con las últimas luces del sol, Damaris lavó una ropa interior que había dejado en remojo y se bañó ella. Como en la cabaña no había ducha siempre se bañaban en el lavadero, sin quitarse la ropa y echándose agua con una totuma. El atardecer fue espectacular. Parecía como si hubiera un incendio en el cielo y el mar se puso morado. Ya estaba oscureciendo cuando colgó la ropa interior en un tendedero pequeño, de piso, que tenía en el quiosco y dejó a la perra, que seguía ofendida por el baño, en su cama, una colchoneta doblada en dos que le había forrado con unas toallas viejas.

Por la noche seguía sin llover, pero tuvieron que cerrar la puerta de la cabaña y todas las ventanas porque se habían alborotado los clavitos, unos zancudos pequeños que picaban como agujas. Rogelio fue por una olla vieja y retorcida que guardaban debajo de la casa, la llenó de estopa de coco y le prendió fuego. La estopa empezó a quemarse y los clavitos se fueron un rato, pero apenas el humo se aclaró regresaron en cantidad, y ambos tuvieron que agarrar un trapo para espantarlos. No pudieron ver la telenovela en paz. Hacía tanto calor que a él le crecieron dos manchas de sudor en las axilas y a ella le chorreaba un hilo de agua por las patillas.

—¿Es que no va a llover? —se quejó Damaris mientras batía el trapo.

Rogelio no respondió y se fue a su cama. Ella se quedó viendo televisión porque sabía que con ese calor y los clavitos mortificándola no podría dormir.

Más allá de la medianoche, cuando estaban en las televentas, de repente explotó un rayo cercanísimo que por un instante lo iluminó todo. Damaris pegó un brinco del susto, la luz se fue y se soltó un aguacero tremendo, con rayos, truenos y tanta agua que era como si cayera a baldados sobre el techo de la cabaña. Pero el clima se refrescó, los clavitos desaparecieron y Damaris, sabiendo que la perra estaba protegida en el quiosco, se fue a dormir.

A la mañana siguiente seguía lloviendo duro y ella, como había trasnochado, se levantó tarde. El piso se sentía frío y húmedo y la olla donde habían quemado la estopa de coco la noche anterior servía ahora para recibir el agua de una gotera en la mitad de la sala. No había vuelto la luz y Rogelio

estaba en una de las sillas plásticas, frente al televisor apagado, mientras se tomaba un café que debía haber preparado en el quiosco.

—Esa perra tuya hizo desastres anoche —dijo.

Damaris se horrorizó no por lo que la perra hubiera podido hacer sino por el castigo que Rogelio debía haberle dado aprovechando que ella no estaba.

—¿Qué le hiciste?!

—Yo nada, pero ella te volvió mierda unos brasieres.

Damaris salió a toda prisa de la cabaña. No se veían el mar, las islas, el pueblo ni nada más que la lluvia, blanca a lo lejos como una cortina de gasa y corriendo en forma de arroyo por los techos, los andenes y las escaleras de la propiedad. Damaris llegó al quiosco empapada. Sus calzones y los calzoncillos de Rogelio que había colgado en el tendedero pequeño la noche anterior seguían en su puesto. Solo sus brasieres, que eran tres, estaban tirados en el suelo y despedazados. La perra le batía la cola tímida y con culpa, pero se veía bien. Damaris la chequeó de la cabeza a la cola y fue tal su alivio de encontrarla sana que en vez de regañarla la abrazó y le dijo que no pasaba nada, que había entendido el mensaje y ya no la bañaría nunca más.

Damaris siguió mimando a la perra hasta que se perdió en el monte. Fue una noche en la que estaba sola, Rogelio había salido a pescar en una viento y marea. Danger, Olivo y Mosco acababan de comer afuera del quiosco y Damaris estaba sobándole la cabeza a la perra a modo de despedida, pues estaba a punto de irse para la cabaña. De pronto Danger empezó a ladrar en dirección al monte. Los otros dos perros se pusieron alertas y la perra salió del quiosco y se adelantó unos metros hasta quedar al lado de Danger. Hacia donde ladraban no había casas ni gente, por lo que Damaris supuso que se trataba de algún animal, una chucha, un erizo, un tatabro extraviado o enfermo. Como no había luna, estaba oscurísimo y la única luz era la del bombillo del quiosco. Ella no alcanzaba a ver ni a oír nada a lo lejos, pero los perros estaban cada vez más nerviosos, con el pelo erizado y ladrando fuerte.

Damaris empezó a llamar a la perra para tranquilizarla y que volviera a su lado. «¡Chirli!», gritaba por una vez sin vergüenza de pronunciar en voz alta el nombre del que su prima se había burlado, «¡Chiiiiirliiiii!». Pero entonces Danger arrancó a correr y todos lo siguieron, incluso la perra, que se adentró con ellos en el monte.

Damaris los oía ladrar y moverse entre los matorrales. Como estaba descalza y podía tratarse de una culebra, seguro una equis, que salen de noche y son bravísimas y muy venenosas, lo único que podía hacer era seguir llamándolos desde el quiosco. Gritó con voz furiosa, neutra, dulce, suplicante sin ningún resultado hasta que todo se quedó en calma y ya no se oyeron más ladridos ni nada. Frente a ella solo quedó la selva, tranquila como una bestia que acabara de tragarse a su presa.

Damaris fue a la cabaña, se puso las botas pantaneras, agarró el machete y la linterna y se metió al monte por donde habían andado los perros. En ningún momento sintió miedo de todo lo que daba miedo en esa selva: la oscuridad, las equis, las fieras, los muertos, el finado Nicolasito, el finado Josué y el finado señor Gene, los espantos de los que había oído hablar cuando niña... Tampoco se asombró de su valentía. Solo tenía un pensamiento: la perra estaba en peligro y ella necesitaba salvarla.

Estuvo caminando por entre los matorrales sin alejarse demasiado para no perderse en las tinieblas, alumbrando hacia todos lados, haciendo ruidos y llamando a la perra y a Danger, Olivo y Mosco. Como ninguno volvía ni pasaba nada, decidió adentrarse más. Fue a la quebrada que separaba la propiedad de los Reyes de la de las vecinas, a la cerca junto al camino principal, al acantilado y a las palmas de mil pesos donde terminaba el único camino que había hacia ese lado.

No veía sino lo que alcanzaba a apuntar con la linterna, partes de cosas, de una hoja inmensa, del tallo de un árbol alfombrado en musgo, del ala de una inmensa polilla con muchos ojos que, sorprendida por la luz, salió volando y aleteó asustada en torno a su cabeza... Las botas se le enredaban en las raíces y se le hundían en el barro, tropezaba, resbalaba y para tenerse en pie ponía las manos en superficies duras, mojadas o fibrosas. La rozaban cosas ásperas, peludas o con espinas y ella brincaba creyendo que era una araña, una culebra de las que vivían en los árboles o un chimbilaco chupador de sangre, pero no la mordió nada, solo la picaban los zancudos, pero a ella no le importaba y seguía buscando en la oscuridad. El calor era baboso, lo sentía pegado en su piel como si fuera lama, y le parecía que la bulla de las ranas y los grillos, insoportable como la música en la discoteca del otro pueblo, no estaba en la selva sino dentro de su cabeza. La luz de la linterna se fue opacando y no le quedó más remedio que volver a la cabaña, derrotada y llorando, antes de que se apagara del todo.

Se durmió enseguida, pero con un sueño que no le hizo sentir ningún descanso. Soñaba con ruidos y sombras, que estaba despierta en su cama, que no podía moverse, que algo la atacaba, que era la selva que se había metido en la cabaña y la estaba envolviendo, que la cubría de lama y le llenaba los oídos con el ruido insoportable de los bichos hasta que ella se convertía en selva, en tronco, en musgo, en barro, todo al mismo tiempo, y ahí se encontraba con la perra, que le lamía la cara para saludarla. Cuando se despertó seguía sola. Afuera caía una tormenta brutal, con vientos de los que azotaban las tejas y truenos que hacían temblar la tierra: el agua se colaba por las rendijas y flotaba dentro de la cabaña.

Pensó en Rogelio, que estaba en un bote miserable en medio de la furia de esa tempestad, sin nada más que un chaleco salvavidas, una capa de lluvia y unos plásticos para protegerse, pero se preocupó más por la perra, allá afuera en el monte, empapada, aterida de frío, muerta de miedo y sin ella para socorrerla, y volvió a llorar.

A media mañana del día siguiente escampó y Damaris siguió buscando a los perros. El día estaba oscuro y fresco y había llovido tanto que todo estaba inundado. Volvió, caminando por entre el agua, a los lugares en los que había estado la noche anterior, pero el aguacero había borrado las huellas. Tampoco había huellas en el camino principal, que estaba encharcado como lo demás y ella recorrió completo. Visitó a los vecinos para alertarlos y que estuvieran pendientes de los perros: a los cuidanderos de la casa del ingeniero, que eran gente del pueblo y no le dieron importancia al asunto, y a las hermanas de Tuluá, que como adoraban a su labradora compartieron la angustia de Damaris y la invitaron a almorzar.

Por la tarde fue a la propiedad de la señora Rosa, que estaba desocupada desde que el señor Gene murió y ella empeoró de la cabeza. Antes de la muerte de su marido, a la señora Rosa se le olvidaban los nombres de las personas, perdía objetos y hacía cosas que a la gente le causaban gracia, como repintarse los ojos y la boca o guardar el celular en el congelador. Con la muerte del señor Gene la señora Rosa se agravó. No sabía qué año era, pensaba que seguía soltera en Cali y se ponía a bailar con el himno nacional o creía que recién había llegado al acantilado con su marido y estaban esperando los materiales para construir la casa. Empezó a perderse dentro de la propiedad, se quedaba con la boca abierta y mirando como boba por ratos largos, hablaba con las paredes y hasta se le olvidó tomar, a ella que tanto le gustaba el aguardiente y bebía casi todos los días.

Como no tenía hijos, una sobrina vino por ella y se hizo cargo de todo. Internó a su tía en un hogar para ancianitos de Cali y puso en venta la propiedad. Mientras se vendía, la sobrina les seguía pagando a Damaris y a Rogelio, como lo había hecho su tía, para que la cuidaran. Él se encargaba de los jardines y las reparaciones y ella de la limpieza de la casa.

La perra había ido con Damaris a esa propiedad todas las semanas desde que llegó al acantilado y ella pensó que de pronto podría estar donde más le gustaba echarse, en la plancha de concreto del patio de atrás, que se mantenía fresca y seca sin importar el clima que estuviera haciendo.

La perra no estaba ahí ni en ningún otro lado de esa propiedad, que era la más grande del acantilado. Damaris la revisó entera: la casa, los jardines, las escaleras en la entrada, la larga línea del acantilado, el sendero hacia la quebrada y la quebrada, que como había llovido tanto bajaba furiosa y se derramaba por encima del muro de la represa que había construido el finado señor Gene.

El segundo día tampoco salió el sol y llovió duro hasta el mediodía. Damaris salió luego del almuerzo, bajo una llovizna tan débil que, a pesar de que no se veía ni se sentía en el cuerpo, sí mojaba, y recorrió los caminos secundarios, que solo usaban los cazadores y los aserradores. Tampoco vio señales de los perros. Escampó a media tarde, pero el cielo no se abrió y el día siguió gris y frío.

A la vuelta se topó con una invasión de hormigas, miles y miles avanzando por entre la selva como un ejército. Eran unas negras y medianas que salían de sus nidos debajo de la tierra y arrasaban con todos los bichos vivos o muertos que se encontraban. Tuvo que correr para rebasarlas, pero se le alcanzaron a subir algunas y mientras se las sacudía la mordieron en las manos y las piernas. Aunque las mordeduras ardían como el fuego, el dolor se pasaba rápido y no dejaban ronchas.

La invasión llegó a la cabaña quince minutos después que ella, y Damaris se subió en una silla plástica y encogió las piernas mientras hacían su trabajo de limpieza. A las dos horas ya no quedaba rastro de las hormigas ni de las cucarachas que sacaron de sus escondites y se llevaron con ellas.

Esa noche la temperatura bajó tanto que Damaris tuvo que cobijarse con una toalla, el material más grueso que tenían en la cabaña. Sin embargo, no llovió. Al tercer día el sol pudo romper las nubes, el cielo y el mar se llenaron de colores y empezó a calentar. Cuando Damaris estaba a punto de salir, llegó Rogelio y a los pocos minutos, por el lado del monte, hicieron su entrada los perros. Venían sucios, agotados y un poco más flacos. Damaris alcanzó a emocionarse, pero al instante se dio cuenta de que estaban solo Danger, Olivo y Mosco, y se soltó a llorar.

Pese a que Rogelio había llegado con hambre y cansado luego de cinco días en altamar, fue con ella al monte. Encontraron los rastros de los tres perros en el camino principal y los siguieron hasta La Despensa, donde se acababa el acantilado y había otro brazo de mar que seguro los perros habían cruzado nadando. No vieron ninguna huella de la perra.

Rogelio siguió acompañando a Damaris todos los días. Fueron más allá de La Despensa y la estación de cultivo de peces y se metieron en los terrenos de la Armada, que estaba prohibido traspasar. Allá la selva se volvía más oscura y misteriosa, con árboles de troncos anchos como tres Damaris juntas y un suelo de hojas tan hondo que a veces se enterraban hasta la mitad de las botas.

Salían luego del almuerzo, volvían al caer la tarde o por la noche, muertos del cansancio, con dolores en el cuerpo por el ejercicio, arañados por las cortaderas, picados por los bichos y sudorosos o empapados cuando llovía.

Un día Damaris, ella sola, sin que él la hubiera presionado o le hubiera hecho comentarios desalentadores, entendió que nunca iban a encontrar a la perra. Estaban frente a un hueco enorme en la tierra por donde entraba el mar. La marea estaba alta, las olas se estrellaban furiosas contra las peñas y el chorro de agua que subía disparado los salpicaba. Rogelio estaba diciendo que para cruzarlo tendrían que esperar a que la marea estuviera lo más seca posible, bajar al hueco y subir por la pared de peñas del otro lado, cuidando de no resbalarse, pues las peñas estaban cubiertas de lama. Damaris no lo escuchaba. Había vuelto al lugar y la hora de la muerte de Nicolasito y cerró los ojos, consternada. Ahora Rogelio decía que también podrían abrir un camino con sus machetes para rodear el hueco, pero el problema era que por aquel lado había un montón de palmas espinosas. Damaris abrió los ojos y lo interrumpió.

—La perra se murió —dijo.

Rogelio la miró sin comprender.

—Esta selva es horrible —explicó ella.

Había demasiados acantilados como ese, con peñas cubiertas de lama y olas como la que se había llevado al finado Nicolasito, árboles inmensos que las tormentas tumbaban de raíz y los rayos partían por la mitad, derrumbes de tierra, culebras venenosas y culebras que se tragaban venados, chimbilacos que desangraban a los animales, plantas con espinas que podían atravesar un pie y quebradas que se crecían durante los aguaceros y arrasaban con todo lo que encontraban a su paso... Por si fuera poco, ya habían pasado veinte días desde que la perra se había ido, demasiado tiempo.

—Volvamos a la casa —dijo Damaris, por una vez sin llorar.

Rogelio se le acercó, la miró conmovido y le puso una mano en el hombro. Esa noche llegaron directo a tener relaciones y fue como si no hubieran pasado diez años desde la última vez. Damaris se dio permiso de pensar que de pronto esta vez sí quedaría embarazada, pero a la mañana siguiente se rio de sí misma, pues ya había cumplido cuarenta, la edad en que las mujeres se secan.

Su tío lo había dicho en una fiesta de las que organizaba cuando vivían en la casa de dos pisos del pueblo. Estaba borracho y sin camisa, sentado afuera de la casa con un grupo de pescadores, cuando por delante de ellos pasó una mujer del pueblo. Era alta, caminaba con orgullo meneando sus nalgas, y el pelo, que tenía alisado, le llegaba hasta la mitad de la espalda. Damaris siempre la había admirado. Todos los pescadores la siguieron con los ojos y el tío se tomó un trago.

—Como está de buena —dijo—, y eso que ya debe tener cuarenta, la edad en que las mujeres se secan.

«Yo siempre lo estuve», pensó ahora Damaris, amargada.

Durante algunos días ella y Rogelio se mantuvieron unidos. Ella le contaba lo que pasaba en las telenovelas de la tarde y él lo que había visto y pensado mientras cazaba, pescaba o guadañaba. Recordaban cosas del pasado, se reían, comentaban las noticias y la telenovela de la noche y se iban a dormir juntos como al principio, cuando ella tenía dieciocho y todavía no había empezado el sufrimiento porque no quedaba embarazada.

Una mañana, mientras preparaba el desayuno en el quiosco, a Damaris se le resbaló de las manos una de las tazas del juego que Rogelio había comprado en su último viaje a Buenaventura.

—Ni dos meses te duraron —dijo él molesto—, vos sí tenés la mano pesada.

Damaris no le contestó, pero esa noche, cuando apagaron el televisor y él intentó acercarse, ella le hizo el quite y se metió al cuarto donde dormía sola. Se estuvo mirando las manos durante un rato. Las tenía inmensas, con los dedos anchos, las palmas curtidas y reseca y las líneas tan marcadas como grietas en la tierra. Eran manos de hombre, las manos de un obrero de construcción o un pescador capaz de jalar pescados gigantes. Al otro día ninguno de los dos dijo «Buenos días» y entonces volvieron a tomar distancia, a no mirarse a la cara, a dormir separados y a hablarse solo lo necesario.

Damaris no lloró más por la perra, pero su ausencia le dolía en el pecho como si fuera una piedra. La echaba de menos a todas horas. Cuando llegaba del pueblo y no estaba al final de las escaleras para batirle la cola, cuando arreglaba el pescado y no aparecía para mirarla con insistencia, cuando guardaba las sobras sin separar las mejores para ella o se tomaba su café por las mañanas y no tenía a quien acariciarle la cabeza. Creyó verla muchas veces: en un bulto de cocos que Rogelio recostó contra la cabaña, en las sogas de amarrar lanchas que dejaba arrumadas en el quiosco, en un nuevo atado de leña que puso al lado del fogón, en los otros perros, las plantas del jardín, las sombras de los árboles por la tarde y en la cama, que seguía en el quiosco tal como la perra la había dejado, pues Damaris no había tenido la presencia de ánimo para botarla.

Don Jaime le dijo que lo sentía mucho, como si se le hubiera muerto un pariente, y Damaris agradeció que se tomara en serio sus sentimientos. Frente a doña Elodia, mientras le contaba lo que había pasado, le dieron culpas por haber permitido que la perra se fuera, no haberla seguido buscando y haber perdido las esperanzas. Doña Elodia la escuchó en silencio y luego suspiró como resignada con la vida. De la camada de once cachorros ya solo quedaba el perro de ella, y ahora Damaris, cuando iba para el otro pueblo, evitaba pasar por el estadero porque le dolía verlo.

Como lo último que necesitaba en ese momento era escuchar los comentarios negativos de Luzmila, no le dijo nada a nadie de su familia, ni siquiera a la tía Gilma. Pero Luzmila se enteró de todas maneras. Rogelio, una tarde cuando volvía de pescar, se encontró por casualidad en la cooperativa de pescadores con el marido de ella y por hablar de alguna cosa le contó toda la historia de la perra, su desaparición y lo mucho que la habían buscado. Esa noche Luzmila llamó a Damaris al celular.

—Por eso es que a mí no me gustan esos animales —le dijo.

Damaris no entendió si era porque podían perderse en el monte o porque se morían, pero en vez de pedirle una explicación le preguntó si esa semana había hablado con su papá.

La muerte del señor Gene fue muy misteriosa. Nadie nunca supo qué le pasó ni cómo había terminado en el mar. En esa época él ya estaba casi del todo paralizado por la enfermedad y solo podía mover los dedos. La mayoría de la gente pensaba que se había suicidado tirándose con la silla de ruedas por el acantilado, pero Damaris y Rogelio sabían que era imposible. El motor de la silla no tenía la fuerza para eso, y de haberlo intentado el señor Gene habría terminado enredado en los icacos que crecían en el borde, como una vez que no consiguió frenar a tiempo y Rogelio tuvo que sacarlo con sus brazos. Había un grupo que creía que la señora Rosa lo había empujado, unos decían que por piedad y otros que para deshacerse de él.

A Rogelio le parecía posible que la señora Rosa lo hubiera empujado, porque en ese momento ella ya estaba mal de la cabeza. Eso último era cierto, pero Damaris estaba segura de que por más turulata que hubiera estado no había sido ella. Si no les había hecho daño a los ratones de monte que hacían nidos en su alacena, a los saltamontes que se les comían la ropa ni a las polillas enormes que más parecían murciélagos y la asustaban por la noche, mucho menos habría matado a su marido.

En todo caso, cuando el señor Gene se perdió con la silla de ruedas y no encontraban ninguna seña en el acantilado, Rogelio fue la primera persona en decir que no debía estar en tierra. Los hombres del pueblo que estaban ayudando a buscarlo no entendieron.

—Si estuviera acá arriba —explicó él mirando hacia el cielo—, ya esto estaría lleno de gallinazos.

Eso era tan cierto que los hombres se miraron como diciendo «Pero cómo no lo pensamos nosotros», y Damaris se sintió orgullosa de su marido.

Damaris vio el cadáver del señor Gene cuando recién lo sacaron del mar y lo trajeron a la playa. Estaba más blanco de lo que había sido en vida, y eso que él había sido blanquísimo, el blanco más blanco que Damaris hubiera conocido. Tenía la piel descascarada en partes como una naranja, los dedos de las manos y los pies comidos por los animales, las cuencas de los ojos vacías, la barriga inflada y la boca abierta. Damaris lo miró por dentro. Le faltaba la lengua y un agua negra le subía hasta la garganta. Olía a podrido y a ella le pareció que en cualquier momento subirían peces desde su barriga o le brotaría una enredadera.

Había estado perdido veintiún días y era, después de Nicolasito, el segundo cuerpo que más tiempo se había demorado en devolver el mar.

La perra apareció cuando ya nadie le hablaba a Damaris de ella. Ese día Damaris se despertó temprano con el alboroto de las lanchas de los pescadores, que salían hacia el mar abierto por la caleta, donde las guardaban de noche. El día estaba encapotado pero no llovía y ella estaba preocupada porque solo tenían un pescado para comer. Apenas abrió la puerta de la cabaña para ir al quiosco, la vio en el jardín, junto a la palma de cocos. Lo primero que pensó fue que otra vez la estaban engañando sus ojos, pero ahora sí era ella de verdad, flaquísima y toda embarrada.

Damaris bajó de la cabaña. La perra empezó a batirle la cola y ella volvió a llorar. Llegó a su lado y se agachó para abrazarla. Apestaba. La revisó. Tenía garrapatas, un corte en la oreja, una llaga profunda en la pata trasera y se le marcaban las costillas. Damaris la miraba sin parar. No podía creer que hubiera regresado y menos que estuviera en tan buenas condiciones después de todo ese tiempo en el monte. Habían pasado treinta y tres días, doce más que los que estuvo perdido el señor Gene y solo uno menos que Nicolasito, pero como a ella no la había devuelto el mar sino la selva, estaba viva. ¡Viva! Damaris no se cansaba de repetirlo en su cabeza.

—¡Está viva! —dijo en voz alta cuando Rogelio salió de la cabaña.

Él quedó tan asombrado de verla que no pudo decir nada.

—¡Es la Chirli! —dijo Damaris.

—Ya estoy viendo —dijo él.

Se acercó, la miró de la cabeza a la cola y hasta le dio una palmada de saludo en el lomo. Luego agarró su escopeta y se fue de cacería al monte.

Damaris la limpió, le desinfectó las heridas con alcohol y preparó un caldo de pescado, que le sirvió con una cabeza, lo que la dejó a ella sin comida. Después bajó al pueblo y le pidió a don Jaime, con vergüenza, pues ese mes no habían podido abonar a la deuda de lo que él les fiaba, que le prestara plata para comprar Gusantrex, un ungüento que evitaría que le dieran gusanos. Don Jaime le dio la plata sin chistar y además le fío una libra de arroz y dos presas de pollo.

Como el Gusantrex no se conseguía en ninguno de los dos pueblos, Damaris lo mandó traer con la hija mayor de Luzmila, que viajaría a Buenaventura ese mismo día, sin que le importara lo que su prima pensara o dijera.

El Gusantrex llegó en la última lancha, y los días que siguieron Damaris los dedicó a cubrirle las heridas a la perra con el ungüento, alimentarla con caldos y consentirla.

A la perra se le sanaron las heridas y engordó, pero Damaris la siguió tratando como si estuviera débil y ya no tuvo cuidado en llamarla Chirli ni en mimarla delante de nadie, ni siquiera de Luzmila cuando vino para celebrar el día de la madre.

Luzmila llegó con toda su familia, el marido, las hijas, el yerno, las nietas y hasta la tía Gilma, a quien subieron cargada en brazos por las escaleras y recostaron en una de las sillas largas del balcón de la casa grande. Prepararon sancocho de gallina en el fogón de leña del quiosco, llenaron la piscina y se bañaron. Nadie dijo «Qué tal nosotros tan atrevidos», pero a Damaris le parecía que todos debían estarlo pensando y, aunque se reía de los chistes y jugaba con las niñas, no la estaba pasando bien. Se sentía mortificada por lo que pensaría la gente si pudiera verlos en ese momento ocupando la casa de los Reyes. La tía Gilma se abanicaba en la silla larga del balcón como una reina, Rogelio estaba echado en otra junto a la piscina, Luzmila y su marido, sentados en el borde, bebían de una botella de aguardiente, las niñas hacían piruetas en el agua y Damaris, que recién había salido, desfilaba dejando una estela de agua por el andén de piedritas con su culo gigantesco y la licra corta y la blusa de tiras desteñida que usaba de vestido de baño o para trabajar. Damaris se dijo que nunca nadie podría confundirlos con los dueños. Eran una partida de negros pobres y mal vestidos usando las cosas de los ricos. Unos igualados, eso pensaría la gente, y Damaris se quería morir porque para ella ser igualada era algo tan terrible o indebido como el incesto o un crimen.

Se sentó en el piso con las piernas estiradas y se recostó contra el muro del quiosco. La perra se echó a su lado, puso la cabeza en su muslo y ella se dedicó a acariciarla. Luzmila las miró negando con la cabeza y luego fue a ofrecerle un trago a Rogelio.

—¿Ya te sacaron de tu cama para meter a la perra? —le preguntó—. Porque en el almuerzo le sirvió la mejor presa a ella.

Luzmila exageraba. Damaris sí le había servido una porción de sancocho a la perra, pero solo le había dado el cuero y un pedacito de su presa.

—Todavía no —respondió Rogelio—, pero no sé para qué le gasta tiempo a ese animal que ya probó el monte y se echó a perder. Yo le digo que se va a seguir escapando.

Rogelio tenía razón. La perra se volvió a escapar un día en que fueron a la casa de la señora Rosa. Damaris la dejó en el patio trasero como siempre y subió a la casa. Abrió las ventanas y las puertas para airearla, quitó las telarañas de las esquinas y el polvo de los muebles, lavó la cocina y el baño, barrió y enceró los pisos y fumigó todos los espacios. Las manos le quedaron acartonadas y oliendo a químicos.

Cuando terminó y bajó de la casa, a eso de las cuatro de la tarde, la perra no estaba. Había una capa de nubes gruesa y tan baja que parecía aplastar la tierra. El aire se sentía pesado y Damaris se figuró que la perra, acalorada y temerosa de que lloviera, había vuelto a la casa.

Llegó directamente a buscarla, quería ofrecerle un poco de agua. Los perros tenían la lengua afuera y estaban debajo de la cabaña. Ella no. A ella no la encontró en ninguna parte. La buscó debajo de la casa grande, en las escaleras, el jardín, el quiosco... Damaris sudaba y se sentía ahogada por el bochorno. Hubiera querido echarse agua en el lavadero para refrescarse, pero era más importante encontrar a la perra. La llamó a los gritos desde todos los lugares de la propiedad y se adentró un poco en el monte para seguirla llamando y buscando. Lo estuvo haciendo hasta que se puso demasiado oscuro para andar descalza y sin linterna. Nada.

Cuando volvió a la casa, se bañó en el lavadero. Estaba más enojada que preocupada. Le daba rabia que la perra se hubiera ido, que esta vez lo hubiera hecho sola, sin la influencia de los otros perros, que la obligara a gritar y buscarla de esa manera, le hiciera pasar angustias y, sobre todo, que Rogelio tuviera razón y la perra se hubiera echado a perder. Por eso no le contó nada cuando él llegó de pescar con un atado de pescados, y para evitar que se diera cuenta no la siguió buscando por la noche. Tenía tanta rabia que no le puso atención a la telenovela de la noche. Ya estaban en el noticiero cuando decidió salir a echar un último vistazo con la disculpa de que tenía que revisar que el pescado que él había traído hubiera quedado bien guardado.

Las nubes se habían ido para otro lado y la noche estaba despejada y fresca. A lo lejos, sobre el mar, tan distante que no se escuchaba, había una tormenta eléctrica con rayos azules y anaranjados que caían como arañazos sobre la oscuridad. La perra había regresado. Estaba en su cama y Damaris se alegró al verla, pero no se lo demostró.

—¡Chite, perra mala! —le dijo cuando esta se levantó para saludar.

La perra agachó la cola y la cabeza.

—Te voy a dejar sin comida esta noche —la amenazó.

Pero enseguida se arrepintió y le sirvió las sobras que le había guardado.

A la mañana siguiente la perra estuvo muy dócil y no se separó de Damaris ni un minuto. Ella la perdonó y decidió que Rogelio estaba equivocado y la perra sí tenía esperanza. Se armó con una de las sogas de Rogelio para amarrar lanchas, la enlazó por el cuello con el mismo nudo que usaba para asegurar el potrillo, la ató a una de las columnas del quiosco, se sentó a su lado y esperó con paciencia a que intentara irse.

Cuando lo hizo y se puso a jalar, Damaris empezó a decirle, suavemente para que se tranquilizara, todo lo que esperaba de ella: que no se fuera nunca más, que volviera a ser una perra obediente, que recordara el hambre y los horrores de los treinta y tres días que estuvo perdida en el monte, que no fuera bruta y aprendiera de esa experiencia. Rogelio llegó del monte en ese momento con unos palos que necesitaban para reparar la cabaña y miró la escena con alarma.

—¿Vos querés matar a ese animal?! —dijo.

—¿Por qué decís eso?

—Ese nudo es corredizo: ¡se va a ahorcar!

Damaris se apresuró hacia el cuello de la perra con la intención de liberarla, pero como ella se había estado moviendo con desespero, el nudo se había apretado y no cedió. Rogelio apartó a Damaris, dominó y acostó a la perra y sacó su machete. Damaris se horrorizó, pero antes de que pudiera reaccionar, Rogelio cortó la soga y la perra quedó libre.

Luego de que la perra se calmó y tomó agua, Rogelio le enseñó a Damaris cómo atarla. Estaba bien que usara el nudo corredizo para evitar que se soltara, pero jamás debía enlazarla por el cuello. En vez de eso, la soga debía atravesar el pecho de la perra desde un hombro hasta por debajo de la pata delantera del lado contrario, tal como la gente se cruzaba una cartera.

Damaris mantuvo a la perra amarrada durante una semana. La sogá era larga y ella podía buscar la sombra a medida que el sol se movía y llegar al pasto que rodeaba el quiosco para hacer sus necesidades. Damaris llenaba su cuenco de agua cada vez que lo vaciaba y le daba la comida junto a la columna a la que estaba amarrada. Por la noche dejaba prendida una luz como había hecho siempre para evitar que la mordieran los chimbilacos.

Al cabo de la semana, antes de soltarla, la miró a los ojos y le dijo «Yo veré». La perra salió a correr como un potro sin domar y Damaris creyó que se escaparía. No fue así. Cuando se cansó volvió al quiosco con la lengua afuera, tomó agua y se echó a su lado. A Damaris le pareció que esa era una buena señal, pero de todas maneras la siguió vigilando. No la perdía de vista, si se alejaba la llamaba hasta obligarla a volver a su lado y la amarraba por las noches, cuando salía al pueblo o se ocupaba y no podía estar pendiente de ella.

Pero no fue sino que volviera a creer en ella y relajara un poco la vigilancia para que la perra se escapara. Esta vez estuvo un día y una noche fuera y de ahí en adelante nada funcionó: ni amarrarla un mes entero, dejarla suelta todo el tiempo, vivir para vigilarla, despreocuparse de ella, quitarle la comida en castigo, darle más comida que de costumbre, tratarla duro o llenarla de cariño. A la menor oportunidad la perra se iba y pasaba horas o días fuera.

Rogelio no hizo ningún comentario, pero a Damaris la desconponía que pudiera estar pensando «Yo se lo dije» y empezó a sentir rencor hacia la perra. En una de sus ausencias, quitó la cama del quiosco y la tiró por el acantilado hacia un basurero de tarros de aceite de motor y barriles de gasolina rotos que había en la caleta. Dejó de acariciarla, de apartarle las mejores sobras, de hacerle caso cuando le movía la cola, de despedirse de ella por las noches y hasta de prenderle la luz del quiosco. Cuando la mordió un chimbilaco, Damaris solo se dio cuenta porque Rogelio le hizo notar el reguero de sangre y le preguntó si no pensaba curarla. El corte era en la nariz y no paraba de sangrar. Como Damaris se encogió de hombros y siguió en lo que estaba, colando el café de la mañana, Rogelio se fue a buscar el Gusantrex a la cabaña y se lo aplicó él mismo.

El corte sanó bien y ahora era Rogelio quien se aseguraba de dejar prendida la luz del quiosco por las noches. No es que se hiciera cargo de ella, pero una persona ajena a la situación habría pensado que la perra era de él y que era ella a la que no le gustaban los animales. A Damaris comenzó a fastidiarle su presencia, que apestara, se rascara, se sacudiera, le colgara una

tira de baba del hocico y en los días de lluvia embarrara con sus huellas el piso del quiosco y los andenes de la piscina y el jardín. Deseaba que se fuera pronto, que no volviera, que la mordiera una equis y se muriera.

En vez de eso, la perra dejó de escaparse y se calmó. Pasaba los días donde estuviera Damaris, echada en el quiosco mientras ella cocinaba o doblaba la ropa limpia, debajo de la casa grande mientras le hacía el aseo o de la cabaña cuando veía las telenovelas de la tarde. Un día Damaris se descubrió acariciándola como en los viejos tiempos.

—Tan bella mi perra —dijo para que Rogelio la oyera—: ya se ajuició.

Era el final de la tarde y ella y la perra estaban sentadas en el último escalón, de cara a la caleta por donde la marea subía rápida, oscura y silenciosa como una anaconda colosal. Él estaba en una silla plástica, que había sacado de la cabaña, limpiándose las uñas con un cuchillo de cocina.

—Eso es solo porque está preñada —dijo.

Para Damaris fue como un golpe en el estómago: sintió que se quedaba sin aire. No pudo ni siquiera negarse a aceptarlo porque era evidente. La perra tenía las tetas infladas y la barriga redonda y dura. Era increíble que él se lo hubiera tenido que decir.

A Damaris la cubrió la tristeza y todo —levantarse de la cama, preparar la comida, masticar los alimentos— le costaba un trabajo enorme. Sentía que la vida era como la caleta y que a ella le había tocado atravesarla caminando con los pies enterrados en el barro y el agua hasta la cintura, sola, completamente sola, en un cuerpo que no le daba hijos y solo servía para romper cosas.

Casi no salía de la cabaña. Se la pasaba encerrada viendo la televisión desde una colchoneta que ponía en el suelo mientras afuera el mar crecía y se achicaba, la lluvia se derramaba sobre el mundo y la selva, amenazante, la rodeaba sin acompañarla, igual que su marido, que dormía en otro cuarto y no le preguntaba qué le pasaba, su prima, que venía nada más que para criticarla, su mamá, que se había ido para Buenaventura y luego se había muerto, o la perra, a la que había criado solo para que la abandonara.

Damaris no soportaba verla. Era una tortura encontrarla cada vez más barrigona cuando abría la puerta de la cabaña. La perra se empeñaba en estar siempre ahí y seguirla de la cabaña al quiosco, del quiosco al lavadero y del lavadero a la cabaña... Damaris trataba de espantarla. «Andate», le decía, «dejame», y una vez hasta ensayó levantar la mano como si fuera a pegarle, pero la perra ni siquiera se asustó y se mantenía detrás de ella, lenta y pesada por los hijos que llevaba dentro.

Era una noche de lluvia intensa, pero hacía calor en la cabaña. La luz se había ido y estaban a oscuras y sin televisión, con la sala llena de zancudos. A Rogelio se le había olvidado reunir estopa de coco y no tenían cómo espantarlos. Damaris, atormentada por los bichos, se envolvió en una sábana de la cabeza a los pies. Se sentó en una de las sillas plásticas junto a la ventana, sin abrirla para que no se entrara el agua, y se quedó escuchando la lluvia, un runrún continuo que parecía gente rezando en un velorio. Rogelio se puso su capa de lluvia y sus botas y salió de la cabaña diciendo que él prefería irse para el quiosco, donde no había paredes y por lo menos se refrescaría con el sereno de la lluvia. No había pasado mucho tiempo cuando la puerta se abrió de golpe. Era Rogelio sin la capa de lluvia y empapado.

—¡Están naciendo los perritos! —anunció.

Damaris no se movió de la ventana.

—¿Y vos creés que a mí me importa? —le dijo.

Rogelio negó con la cabeza.

—Sí que te has vuelto amargada. ¿Esa perra no es tuya, pues? ¿No es que la querías mucho?

Ella no respondió y Rogelio volvió a irse.

Damaris vio a los cachorros al día siguiente cuando le dio hambre y tuvo que ir al quiosco a preparar el almuerzo. Rogelio les había improvisado una cama con su capa de lluvia, y la perra estaba dándoles de mamar. Eran cuatro, todos de diferentes pintas y tan pequeños, ciegos e indefensos como la perra el día que la encontró en el estadero de doña Elodia. Olían a leche y Damaris no pudo resistirse. Los agarró uno por uno, se los acercó a la nariz para aspirar el aroma y los estrechó contra su pecho.

La perra resultó ser una pésima madre. La segunda noche se comió a uno de los cachorros y los días que siguieron dejaba abandonados a los tres que le quedaron para asolearse en el andén de la piscina o echarse en el lavadero, donde siempre estaba fresco, o debajo de alguna de las casas con los otros perros, en cualquier lado con tal de no estar cerca de ellos. A Damaris le tocaba agarrarla a la fuerza, llevarla de vuelta al quiosco y obligarla a que se quedara acostada para que ellos pudieran mamar.

Tenían dos semanas cuando Damaris tuvo que comprarles leche en polvo porque la perra no los alimentaba lo suficiente y vivían chillando de hambre. No habían cumplido un mes cuando la perra volvió a escaparse y como no regresaba les tocó aprender a comer sobras. A su vuelta, varios días después, se le había secado la leche y se desentendió por completo de ellos.

Los cachorros hacían sus necesidades en el quiosco, los andenes, las escaleras, en todos lados menos en el pasto, y ahora a Damaris, encima de sus demás oficios, le tocaba andar detrás de ellos, limpiando sus cochinadas. Un día en que fue a asear la casa de la señora Rosa y estuvo fuera toda la tarde no tuvo tiempo de ocuparse de ellos. Cuando Rogelio llegó de pescar pisó una plasta y, aunque estaba en chanclas y lo único que se untó fue la suela, se enfureció y dijo gritando que la próxima vez no respondería de sus actos.

Rogelio no volvió a pisar ninguna plasta, pero a los pocos días uno de los cachorros le saltó encima para morderle los pies con sus dientes de aguja y él le pegó una patada y lo lanzó contra el muro del quiosco.

—¡Bruto! —le gritó Damaris y fue a atender al cachorro. Era la hembra, la más juguetona de todos, una bolita de pelo negro con un parche blanco en el ojo.

Rogelio siguió su camino sin pedir disculpas ni volverse a mirar qué le había pasado. Aunque se había golpeado duro y había quedado aturdida, la cachorra reaccionó pronto y a los pocos minutos estaba jugando otra vez.

Al día siguiente Damaris se puso en la tarea de buscarles casa.

Al más grande, un macho de pelo rojo y orejas largas, lo recibieron en unas cabañas para turistas que había en la subida hacia el otro pueblo. Al otro macho, que era de color gris y pelo corto como la mamá, lo adoptó una hermana de la mujer de don Jaime. Nadie quería a la hembra. No había veterinarios en la zona ni forma de esterilizar a los animales, y a la gente no le gustaba andar cuidando a las hembras en celo ni mucho menos encargarse de las crías. Muchas veces Damaris había visto desde el acantilado cómo tiraban a la caleta una camada entera de perros o gatos para que se la llevara la marea.

Doña Elodia estaba colaborando con la búsqueda y le recordó que ahí estaba Ximena, que perdió a su perro y desde el principio había querido una hembra. Ninguna de las dos ni nadie que conocieran tenía su número de celular, así que Damaris fue hasta su puesto de artesanías en el otro pueblo para preguntarle si estaba interesada.

Ximena dijo que sí muy entusiasmada y quedaron en que pasaría a recoger a la cachorra al día siguiente. Como no conocía el camino hacia el acantilado, Damaris le dio las indicaciones e intercambiaron sus números de celular. Damaris la estuvo esperando todo el día, pero Ximena nunca llegó. Damaris, como no tenía saldo en su celular, tuvo que esperar hasta la mañana siguiente, cuando bajó la marea y fue al pueblo a hacer la compra, para marcarle desde el teléfono de venta de llamadas de don Jaime. Ximena no contestó y tampoco fue a buscar a la cachorra esa tarde ni los días que siguieron.

Pasó otra semana. La cachorra estaba en una edad horrible. Pedía más comida que los perros grandes, se la pasaba mordiéndole los pies a Damaris, seguía cagando donde menos debía y dañaba todo lo que se le cruzaba por delante, la pata de una silla, los únicos zapatos de vestir de Damaris, los trapos de la cocina y una boya de pesca de Rogelio, que Damaris tiró por el acantilado sin que él se diera cuenta para que no la castigara. Cuando Rogelio preguntó si había visto la boya, ella le dijo que no y él la miró con sospecha, pero no dijo ni hizo nada.

Damaris ya estaba diciéndose que entendía a la gente que botaba cachorros en la marea y trataba de convencerse de que eso era lo que debía hacer, cuando en el pueblo la abordó un maletero que trabajaba en el muelle. Había oído que ella estaba regalando unos perritos y quería saber si todavía le quedaban. Damaris le dijo que solo una hembra.

—¿Cuándo me la podés entregar? —preguntó él, resuelto.

Damaris pensó en llamar a Ximena para confirmar que ya no la quería, pero, aunque estaba en la zona del muelle, donde había varios vendedores de

llamadas, decidió no hacerlo. ¿Qué tal que no contestara y el maletero se arrepintiera de llevarse un animal que ella le había prometido a otra persona? ¿O peor aún, que sí contestara, asegurara que iría por ella como había hecho antes y nunca lo hiciera?

—Si querés vamos ahora mismo por ella —dijo Damaris.

La marea estaba baja, así que cruzaron la caleta caminando, con el agua hasta los tobillos. Él nunca había estado en el acantilado. Se quedó con la boca abierta admirando la piscina, los jardines y la vista hacia el mar, las islas y la caleta. De la casa grande no dijo una palabra.

—Hace como veinte años que los dueños no mandan para la pintura ni para nada —explicó Damaris.

—De milagro está en pie —dijo él.

Ella le entregó la cachorra y él se fue sonriente, acariciándola.

Damaris se lo quedó viendo desde arriba. Era feísimo, con marcas de acné en la cara y tan flaco que parecía enfermo, un sobreviviente de todas las malarias. Su mujer era más gorda que Damaris y por lo menos veinte años mayor que él, pero siempre andaban por el pueblo agarrados de la mano. Damaris pensó que seguro querrían mucho a la cachorra, pues ellos tampoco tenían hijos, y se preguntó si sería eso lo que los mantenía unidos.

Ximena se demoró en aparecer otra semana más, es decir, quince días desde que había dicho que iría por la cachorra. Damaris estaba limpiando el baño de la cabaña cuando oyó los ladridos de los perros y salió a ver qué pasaba. Los perros estaban al final de las escaleras, Danger erizado y gruñendo, Mosco y Olivo a los lados, apoyándolo con sus ladridos. Ximena se había quedado paralizada unos metros abajo, en el último descansillo. Damaris calmó a los perros, que se dispersaron, y Ximena terminó de subir.

La marea estaba baja, había cruzado caminando y tenía las piernas mojadas y las chanclas y los pies cubiertos de barro. Además estaba agitada y sudaba. Se veía que la caminata desde el otro pueblo, el cruce de la caleta, la subida de las escaleras y el susto por los perros la habían agotado. Damaris le ofreció agua, pero ella le mostró la mochila que llevaba cruzada.

—Aquí tengo —dijo, y enseguida añadió con impaciencia—: vengo por mi cachorra.

Damaris tenía las manos untadas de blanqueador y se las secó con su camiseta. Apenada, le explicó que como ella no había venido a recogerla ni respondido a su llamada, se la había dado a otra persona.

—¿Le dio mi cachorra a otra persona?!

Damaris asintió y Ximena se llenó de rabia. Le dijo que era el colmo que hubiera regalado un animal que no era suyo, que había dejado de ser suyo en el momento en que se lo había ofrecido y ella lo aceptó, que Damaris sabía muy bien todo lo que ella deseaba a esa cachorra, lo ilusionada que estaba con hacerse cargo de ella, que le tenía lista una camita, había organizado una manera para traerle el alimento desde Buenaventura, y que por lo menos debía haber tenido la cortesía de avisarle que no viniera para así haberse evitado la hijueputa caminata hasta ese lugar de mierda que quedaba más allá del último círculo del infierno.

Serena, Damaris respondió que no había necesidad de ponerse con groserías y de nuevo intentó enunciar sus razones, pero Ximena no quiso oír nada ni asumir la parte de responsabilidad que le tocaba y la interrumpió diciendo:

—Bueno, pues será llevarme otro.

Damaris se quedó callada y con los ojos en el piso.

—¿Qué pasa? —dijo Ximena comprendiendo—, ¿ya no le quedan más?

Damaris negó con la cabeza.

—Eran solo tres y cuando se la ofrecí ya no tenía sino a la hembra.

Ximena la miró como intentando que sobre ella cayeran todas las maldiciones, y a Damaris le pareció que esa mirada se prolongaba demasiado

tiempo.

—Debió llamarme antes de darle mi cachorra a otra persona —dijo Ximena al fin.

—Lo pensé, pero como la otra vez no me había contestado...

—¿Qué? ¿Asumió que tampoco le iba a contestar ahora?

Damaris bajó la voz:

—O que ya no estaba interesada en la cachorra.

—Hizo muy mal, debió llamarme, usted lo sabe.

Damaris no quiso decir nada más, no tenía caso. Ximena se dio la vuelta para irse y se encontró de frente con la perra, que venía subiendo las escaleras. Últimamente se escapaba no solo al monte sino también al pueblo, y a pesar de que odiaba el agua, había aprendido a cruzar la caleta nadando, aun cuando la marea estaba en su punto más alto. Tenía las patas embarradas y chorreaba agua. Ximena, que ya no parecía brava, miró a Damaris.

—¿Esa es la mamá de los cachorros? —preguntó.

—Sí —dijo Damaris.

—Tan bonita. Así me imaginaba a la mía. Qué tristeza irme con las manos vacías.

Ximena siguió su camino. La perra se puso a menearle la cola a Damaris y ella la odió. Llevaba una semana por fuera y ahora regresaba para dejar inmundo todo lo que tocaba.

Esa noche Damaris estuvo mirando a la perra ya sin mala voluntad y al cabo de un rato la amarró y hasta le pasó la mano por el lomo como no hacía desde antes de que tuviera a los cachorros.

A la mañana siguiente bajó al pueblo con ella atada. La marea estaba en su punto más bajo y caminaron por la playa, que estaba inmensa y gris igual que el mar y el cielo. Los pescadores habían salido en sus lanchas y en la playa solo había unos niños mocosos y desnudos jugando entre la basura. Había llovido con ganas toda la noche y ahora solo quedaba una llovizna que no le impedía a la gente salir a la calle y hacer la vida como si no estuviera lloviendo en absoluto. La lluvia era siempre tan fresca y limpia que parecía purificar el mundo, pero en realidad era la responsable de que todo estuviera cubierto por una capa de moho: los tallos de los árboles, las columnas de hormigón del muelle, los postes de luz, las estacas de las casas de madera, las paredes de tabla y los techos de zinc y asbesto...

A medida que avanzaban, los perros vagos salían de abajo de las casas y los restaurantes, se acercaban a oler a la perra, y, para despecho de Damaris, ella les batía la cola a todos, demostrando que los conocía. Damaris sintió alivio de que doña Elodia no estuviera en el estadero, pues no habría sabido cómo explicarle lo que iba a hacer.

Dejaron la playa, subieron por la calle pavimentada, avanzaron por una hilera de casas, tiendas y hotelitos de madera menos decadentes que los de la playa, con los frentes lacados o pintados de colores y jardines con orquídeas, cruzaron el aeropuerto militar y el Parque de las Ballenas, desde donde se podía verlas saltar en la temporada, y llegaron al otro pueblo.

El cielo seguía cerrado, pero ya no llovía y Ximena estaba montando su puesto de artesanías. Acomodaba los artículos sobre la tela de terciopelo con tanto cuidado como si hubiera trazado las filas usando una regla. Las vio acercarse con extrañeza, más cuando se detuvieron frente a ella.

—¿Ustedes qué hacen aquí?

—Vengo a traérsela.

—¿A la perra? —preguntó Ximena, asombrada.

—Si me la recibe —dijo Damaris.

—Claro que sí —Ximena se emocionó y se agachó para acariciarla—. ¡Cómo no la voy a recibir si es la hermana de mi Simón!

Pero de repente se detuvo y alzó la cabeza para mirar a Damaris con desconfianza.

—¿Por qué me la está dando?

—Porque usted la quiere más que yo.

La explicación dejó satisfecha a Ximena.

—Usted tiene demasiados perros en su casa —dijo y volvió a acariciarla—. ¿Cómo se llama?

—Chirli.

—Hoolola mi Chidli —dijo Ximena en media lengua mientras le tocaba la cabeza y el lomo—, hoolola mi pedita linda y hedmossa, ¿cómo etá uté?

La perra le batió la cola.

—Tiene que amarrarla —le advirtió Damaris—. Por lo menos hasta que se acostumbre, si no se le va a escapar.

—Obvio —dijo Ximena.

Sin embargo, un par de días después la perra llegó a la casa del acantilado. Damaris estaba viendo una telenovela y tuvo que interrumpirla para salir de la cabaña a toda prisa y espantar a la perra, no fuera a creer que era bienvenida. Le hizo toda clase de gestos y voces amenazantes, pero como la perra no le tenía miedo, lo único que consiguió fue que se metiera debajo de la casa grande. Cuando trató de sacarla con una escoba, se refugió en el centro, en donde no pudo alcanzarla ni con el palo largo de la red con la que limpiaban la piscina.

Si hubiera tenido saldo en el celular, Damaris habría llamado a Ximena para decirle que viniera por su perra, se desentendería del problema y seguiría viendo la telenovela. Como no tenía saldo, se desesperó y se dedicó a insultarla en su mente. «Vieja bruta», le decía, «el vicio es el que te tiene así, ¿no te dije que la amarraras?». «Ah, la amarraste», seguía diciendo como si Ximena le hubiera respondido, «pues lo hiciste mal, tarada, estúpida, ¿ya estás toda arrugada y canosa y no sabés hacer un cagado nudo?». Damaris daba vueltas alrededor de la casa grande, empuñando el palo largo de limpiar la piscina en una mano, manoteando con la otra y haciendo caras como si de verdad estuviera en pleno alegato con alguien. Rogelio se había ido a guadañar la propiedad de la señora Rosa, pero si la hubiera visto en ese momento habría pensado que Damaris estaba loca.

De pronto Damaris supo lo que tenía que hacer. Soltó el palo y lo dejó tirado en el andén. Fue al lavadero, llenó de agua el balde más amplio que tenían, agarró una vasijita panda, volvió a la casa grande, se agachó en el punto donde la perra le quedaba más cerca y empezó a tirarle agua. No le llegaba un chorro fuerte sino apenas unas salpicaduras, pero la perra le tenía tanto odio al líquido que con eso bastó para sacarla de ahí. La perra se fue al jardín y Damaris esperó hasta que estuvo distraída para llegarle por detrás y vaciarle el balde encima.

Asustada, la perra dio un brinco y luego miró a Damaris con su mirada perruna confundida o tal vez horrorizada y empezó a alejarse de ella, la que antes había sido su aliada y ahora cometía en su contra la traición más grande. Llevaba la cola escondida y giraba a cada rato la cabeza, cuidando sus espaldas de ella, y Damaris tuvo la impresión de que ahora sí se había roto entre ambas algo irreparable. Contra lo esperado, le dolió.

Esa había sido su perra: ella la había rescatado, llevado en su brasier, le había enseñado a comer, a hacer del cuerpo en los lugares adecuados y a comportarse como debía hasta que se hizo adulta y no la necesitó más. Damaris la siguió por todo el jardín hacia las escaleras y la vio bajarlas,

cruzar la caleta, que estaba seca, alcanzar el otro lado, sacudirse, seguir su camino por entre los niños que volvían del colegio y perderse en el pueblo ya sin mirar ni una sola vez atrás. Damaris no lloró, pero estuvo a punto.

A la mañana siguiente, la perra estaba de vuelta en el quiosco, echada en el punto donde siempre había estado su cama. Apenas vio a Damaris, se levantó y se alejó. Cuando Damaris intentó acercarse para agarrarla, la perra salió del quiosco sin que le importara que estuviera lloviendo fuerte. Entonces Damaris hizo como que ya no estaba interesada en ella, escondió la sogá, encendió el fogón y se puso a preparar el café sin mirarla más.

La perra no se iba a quedar mucho tiempo bajo el voladizo del quiosco, donde el agua que escurría del techo salpicaba y la mojaba, cuando adentro podía estar seca y protegida. La entrada de ese lado quedaba junto al fogón y Damaris esperó con paciencia hasta que la perra entró y ahí la agarró, enlazándola por el cuello como a una vaca. La sometió apretando el nudo corredizo y solo entonces pudo acercarse, aflojarle la sogá y ponérsela como le había enseñado Rogelio para evitar que se ahorcara, pasándosela por debajo de una axila.

Por la noche había caído un aguacero de los peores y aunque la intensidad había disminuido, nada presagiaba que escamparía pronto. La marea todavía estaba alta y bajaba torrentosa, arrastrando palos y ramas. Rogelio estaba despierto hacía rato, pero no había salido de la cabaña. Cuando vio pasar a Damaris y la perra en dirección a las escaleras, asomó la cabeza por la ventana.

—¿Vas a salir? —preguntó asombrado.

Damaris le dijo que sí, que en el quiosco le había dejado el café.

—¿Para dónde vas?

—A dejar a la perra y a hacer la compra.

—¿Dejarla dónde?

—Donde una señora a la que se la regalé.

—¿Regalaste a la perra?, ¿por qué? —Rogelio la miraba sin comprender.

Ella se encogió de hombros y él siguió preguntando:

—¿Y no podés esperar a que escampe y baje la marea?

—No —dijo ella.

Rogelio negó con la cabeza como desaprobando, pero no intentó disuadirla ni siguió buscando una explicación.

—Traeme cuatro pilas para la linterna —dijo.

Damaris asintió y continuó su camino con la perra. Habría sido imposible cruzar la caleta con ella en el potrillo, así que lo hicieron a nado, esquivando los restos de la tempestad. Cuando estuvieron al otro lado, Damaris se volvió hacia el acantilado. Rogelio seguía en la ventana y estaba mirándolas.

Caminaron todo el trayecto hasta el otro pueblo bajo la lluvia. Llegaron empapadas y tiritando. No había nadie en la calle de los artesanos, ni Ximena ni los indígenas, y Damaris fue a la tienda grande que quedaba unos metros adelante. El joven que atendía, un muchacho espigado y de ojos claros, le dijo que él creía que Ximena vivía por los lados de Arrastradero, un brazo del mar larguísimo que iba hasta más allá del otro pueblo.

En otra tienda, justo antes del desvío a Arrastradero, Damaris volvió a preguntar y confirmó que Ximena vivía derecho por el desvío, en una casa pequeña de color azul que se veía a mano izquierda antes de bajar al embarcadero. Para entonces la lluvia se había convertido en llovizna, y cuando llegaron había cesado por completo.

La casa de Ximena parecía de mentiras, una casa de muñecas en medio del lodazal que era el camino a Arrastradero. Estaba recién pintada con colores vivos, de azul eléctrico las paredes y de rojo la puerta, las ventanas, las barandas del balcón y el techo. La puerta estaba abierta y del interior salía un reguetón a todo volumen.

Damaris subió al balcón y pudo ver el interior. La cocina quedaba al fondo y era abierta a la sala. Allí había una mujer que revolvía el contenido de una olla sobre la estufa. Era de la edad de Ximena, tal vez un poco menor, y se le parecía. En la sala, desgonzados en el sofá, había dos muchachos del pueblo, negros, sin camisa ni zapatos. Uno estaba en calzoncillos y tenía trencitas en el pelo y el otro llevaba la cabeza afeitada, un blin blin en el cuello y unos bluyines mochos. Ximena estaba frente a ellos, en un banquito de madera, con una cerveza en una mano y un cigarrillo en la otra. Tenía la cabeza agachada y el pelo revuelto. Serían las nueve de la mañana y todos tenían cara de borrachos o drogados o las dos cosas.

—Buen día —saludó Damaris, pero nadie la oyó—. Tun tun —dijo más alto.

El muchacho de los calzoncillos se volvió hacia ella y Damaris lo reconoció. Era uno de los nietos de doña Elodia. El muchacho llamó la atención de Ximena y ella miró hacia la puerta y registró con los ojos nublados a Damaris y a la perra. Apagó el cigarrillo en un cenicero que estaba rebosante de colillas, se levantó y fue hacia ellas bamboleándose, ligera de piernas, como si en cualquier momento fuera a volar. Cuando llegó, se agarró de la puerta.

—Mi perrita —dijo con la lengua pesada—, ¿no me diga que me la trae desde su casa?

—Sí le digo.

—Se fue en un momentico que me descuidé y dejé la puerta abierta.

—Está en mi casa desde ayer por la tarde.

—Yo iba a ir por ella, pero vinieron unos amigos de visita —Ximena le mostró con un gesto a los muchachos.

—La perra es su responsabilidad.

—Yo sé.

—Amárrela, enciérrela, mantenga la puerta cerrada... Haga lo que tenga que hacer, pero no la deje escapar.

—No.

—Espero que no haya próxima vez, pero si la hay, yo no se la voy a traer.

Cuando estaba borracha Ximena era mansa y complaciente, nada que ver con la Ximena peleadora de cuando estaba sobria.

—No se preocupe que yo me encargo —dijo.

Damaris le ofreció la sogá. Ximena la tomó y se agachó con la intención de acariciar a la perra, pero terminó cayendo al suelo. Lo último que Damaris vio antes de alejarse por el camino fue a Ximena sentada en el suelo con las piernas abiertas como una muñeca de trapo y la perra con la cola entre las piernas y la cara hacia Damaris, mirándola con desconsuelo, como si la hubiera dejado en el matadero.

Damaris pasó por la tienda de don Jaime y compró saldo para el celular, pilas de repuesto para su linterna y la de Rogelio y un mercado grande. Esa semana les había llegado el salario por cuidar la casa de la señora Rosa, Rogelio había cogido un montón de pescado con el trasmallo y lo había vendido a buen precio en la cooperativa, así que ella pudo pagar esas compras y todo lo que debían con unos billetes mojados que se sacó del brasier, y todavía le quedaron algunos con los que podría hacer el mercado de la semana siguiente.

Por la noche se dedicó a cocinar. Fritó pescados y preparó sopa, arroz y ensalada. Dejó una parte para el desayuno y su almuerzo del día siguiente y empacó el resto para Rogelio, que se iría a trabajar en una viento y marea. La embarcación estaba abajo, larga y cargada con todos los aparejos, lista para que la abordaran. Damaris se sentía contenta. Era posible que él estuviera varios días fuera y ella deseaba ese tiempo de soledad.

Rogelio se fue antes de que saliera el sol y Damaris durmió hasta tarde. Ese día no hizo nada. Como había cocinado ni siquiera tuvo que prepararse la comida. Puso la colchoneta en la sala de la cabaña y se echó a ver televisión. No se duchó y solo se paró para ir al baño, comer y alimentar a los perros cuando se plantaron en la puerta de la cabaña a mirarla con insistencia. Ella comió directamente de las ollas, se masturbó dos veces, una por la mañana y otra al final de la tarde, y se vio todas las telenovelas, noticieros y realities hasta que se hizo de noche, cayó una tempestad horrible, con vientos huracanados y rayos demasiado próximos, se fue la luz y se quedó dormida.

Al día siguiente no había señas de la tempestad. Damaris se despertó animada, decidió que le haría una limpieza profunda a la casa grande y se puso la licra corta y la blusa de tiras desteñida que usaba para trabajar. Por la mañana se concentró en el baño y la cocina. Vacío los gabinetes y los cajones para asearlos a fondo, lavó la vajilla y todos los demás enseres de la cocina, desengrasó los vidrios de las ventanas y el espejo, restregó el lavaplatos, la ducha, el lavamanos, los pisos y las paredes y blanqueó las baldosas y los espacios entre las baldosas. Algunas baldosas estaban desportilladas, en el espejo había un montón de punticos negros de humedad y el lavaplatos y el lavamanos tenían un par de manchas de óxido, pero el resto se veía reluciente y Damaris contempló su obra con satisfacción.

Era mediodía y fue al quiosco a prepararse su plato favorito: arroz con un huevo frito, rodajas de tomate con sal y tostadas de plátano verde. Comió despacio, mirando el mar, que estaba azul y calmo luego de la tempestad. Se puso a pensar en los Reyes, que en algún momento tendrían que regresar, que

ojalá lo hicieran en un día como este y encontraran la casa grande en medio de la jornada de limpieza y a ella sudorosa y mugrienta, en su licra corta y su blusa de tiras de trabajo, para que se dieran cuenta de que era una buena trabajadora aun cuando no le pagaban ni un peso, una buena persona.

Recordó al finado Nicolasito, su risa, su cara, las volteretas que daba en la piscina... El día que hicieron un trato y estrecharon la mano, muy serios, como si fueran adultos, y la vez que él le explicó que los animales y el niño de los dibujos en las cortinas y el tendido de su cuarto eran de su película favorita, que se llamaba *El libro de la selva*, también era un libro y se trataba de un niño que se perdía en la selva y lo salvaban los animales. «¿Lo salvan los animales?», preguntó Damaris confundida, y cuando Nicolasito dijo sí, que una pantera y una familia de lobos, Damaris soltó una risotada porque eso era imposible.

Aunque parecieran felices, eran recuerdos horribles porque siempre la llevaban hasta el mismo lugar. Él, blanco y esbelto, frente al acantilado. «Maldita la ola que se lo llevó», se dijo. No, maldita ella que no lo detuvo, que no lo impidió, que se quedó ahí, sin hacer nada, sin ni siquiera gritar.

Damaris volvió a sentir el peso de la culpa como si no hubiera pasado el tiempo. El sufrimiento de los Reyes, los latigazos de su tío, las miradas de la gente que sabía que ella, por conocer el acantilado y sus peligros, podría haber evitado la tragedia, y las palabras de Luzmila, que unos meses después, antes de dormirse, en medio de la oscuridad de la noche, insinuó que Damaris le había tenido envidia a Nicolasito. «Como él tenía botas pantaneras», dijo. Damaris se puso furiosa: «La que le tenía envidia eras vos», le contestó y no volvió a hablarle hasta que Luzmila le pidió perdón.

Ahora Damaris se quedó un rato ausente, con la mirada fija en el concreto pulido del piso, pensando en su mamá, en el día que se fue a Buenaventura y la dejó con el tío Eliécer. Damaris tenía cuatro años, un vestido heredado que le quedaba chiquito y dos trenzas cortas paradas en lo alto de la cabeza como antenas. En esa época no había muelle ni lanchas rápidas sino un barco que venía una vez a la semana y la gente abordaba desde potrillos que salían de la playa. Damaris y el tío estaban en la arena y su mamá en la línea donde rompían las olas, con los pantalones remangados. Seguramente estaba a punto de montarse en el potrillo que la llevaría al barco, pero lo que Damaris guardaba en su memoria era a su mamá alejándose a pie mar adentro hasta que se perdió de vista. Era uno de sus recuerdos más viejos y siempre la hacía sentirse sola y llorar.

Damaris se limpió las lágrimas y se levantó. Lavó los platos y volvió a la casa grande para seguir trabajando. Descolgó las cortinas de la sala y los cuartos. Las llevó al lavadero y separó las del finado Nicolasito, que siempre lavaba aparte, con mayor cuidado y delicadeza. Lavar las cortinas era un trabajo duro que requería dedicación y músculo, sobre todo las de la sala, que eran enormes, pues cubrían un ventanal que iba del piso al techo y de pared a pared. El lavadero no era grande y ella tenía que fregar las cortinas por partes, con la espalda doblada y las manos bregando con fuerza, una y otra vez hasta que la espuma sacaba la suciedad y el agua corría clara, y así con todas las partes de la cortina, la espalda doliéndole, sus manos torpes de hombre restregando sin pausa, pensando que no le pagaban por ese trabajo y que era verdad que le había tenido envidia a Nicolasito, pero no por las botas pantaneras ni las cosas bonitas que tenía, las camisetas nuevas, los juguetes que le traía el Niño Dios, las cortinas y el tendido de *El libro de la selva*, sino porque él vivía con sus papás, el señor Luis Alfredo, que le decía «Campeón, vamos a hacer un pulso» y siempre lo dejaba ganar, y la señora Elvira, que sonreía cuando lo veía llegar y le pasaba la mano por el pelo para organizárselo. También se dijo que ella se había merecido todas las miradas feas de la gente, todas las sospechas y acusaciones y todos los golpes del tío Eliécer, que debió haberle pegado más veces y con mayor furia.

Cuando acabó faltaba poco para el atardecer y estaba rendida. El mar seguía tranquilo como una piscina infinita, pero Damaris no se dejó engañar. Ella sabía muy bien que ese era el mismo animal malévolo que tragaba y escupía gente. Se bañó en el lavadero, colgó las cortinas en las cuerdas del quiosco para que se secaran y se comió los restos de arroz que había en la olla. Cayó en cuenta de que no había visto a los perros y los buscó para alimentarlos, pero no los encontró por ninguna parte. Fue a la cabaña y sin cambiarse la ropa de trabajo se acostó en la colchoneta frente al televisor con la idea de descansar un rato, pero se quedó dormida en mitad de la telenovela con un sueño profundo y sin sobresaltos, parecido a la muerte, que le duró hasta la mañana siguiente.

No había llovido y esa mañana hacía un día hermoso. Damaris apagó el televisor, que había estado prendido toda la noche, abrió las ventanas de la cabaña para que entrara el sol y salió hacia el quiosco con la idea de prepararse un café. Lo que encontró la dejó helada. Las cortinas del finado Nicolasito estaban en el suelo, sucias de barro y desgarradas. Damaris se agachó para recogerlas y se quedó con un pedazo en la mano. Estaban destrozadas hasta el punto de que sería imposible repararlas. ¡Las cortinas de *El libro de la selva* de Nicolasito!

Entonces vio a la perra. Estaba al fondo del quiosco, echada junto al fogón de leña, detrás de las otras cortinas, que no había tocado y seguían colgadas. Furiosa, Damaris agarró una sogá para amarrar lanchas, le hizo un nudo corredizo, salió del quiosco por el lado que daba hacia la piscina, lo rodeó, entró por el lado del fogón y enlazó a la perra por detrás, antes de que ella pudiera darse cuenta de lo que le estaba pasando. Jaló la sogá para que el nudo se apretara, pero en vez de detenerse, sacarle la sogá del cuello y cruzársela, siguió apretando y apretando, luchando con toda su fuerza mientras la perra se retorció ante sus ojos, que parecían no registrar lo que veían, que lo único que registraron fueron las tetas hinchadas del animal.

«Está preñada otra vez», se dijo y siguió apretando con más ganas, apretando y apretando, hasta mucho después de que la perra cayó extenuada, se hizo un ovillo en el suelo y dejó de moverse. Un charco amarillo de orina, que olía fuerte, se esparció lentamente hacia Damaris y se hizo cada vez más largo y delgado hasta que alcanzó sus pies descalzos. Solo entonces Damaris reaccionó. Aflojó la sogá, se alejó del charco, se acercó para tocar con un pie a la perra y, como no se movió, tuvo que aceptar lo que había hecho.

Consternada, soltó la sogá y miró a la perra muerta, el charco alargado de orina y la sogá tendida en el suelo como una culebra. Observó todo con horror, pero también con una especie de satisfacción que era mejor no reconocer y enterrar detrás de las otras emociones. Exhausta, Damaris se sentó en el suelo.

No supo cuánto tiempo estuvo así. Le pareció una eternidad. Entonces se acercó en cuatro patas a la perra para intentar aflojarle la soga del cuello. No lo consiguió y al cabo de otra eternidad se levantó, agarró un cuchillo grande y lo usó para cortar la soga. La perra quedó liberada y Damaris sintió deseos de acariciarla, pero no lo hizo. Solo la miró. Parecía dormida.

Luego la alzó en sus brazos, que le dolían por todo el esfuerzo, y la llevó hacia el monte. La dejó bien adentro, pasando la quebrada, junto a un árbol de guabo, donde el suelo estaba cubierto de hojas y de la pelusa blanca de las flores del árbol. Era un lugar bonito que le traía buenos recuerdos, pues ella, el finado Nicolasito y Luzmila habían trepado ese árbol incontables veces en busca de frutos. Antes de irse, contempló a la perra por unos instantes como si estuviera rezando.

Damaris dobló las cortinas dañadas del finado Nicolasito y las metió en una bolsa plástica, que guardó en el armario del cuarto de él, entre sus prendas y las bolitas de naftalina. Le dolió la ventana pelada e imaginarse la reacción de los Reyes cuando entraran al cuarto de su hijo muerto y notaran que faltaban las cortinas. También pensó en Rogelio, que seguramente le diría algo como «Ahí está pintado ese animal». «Maldita perra», dijo mientras iba por una sábana vieja para tapar la ventana, «se lo tenía merecido».

Todavía no acababa la limpieza de la casa grande. Le faltaba asear los armarios, brillar el piso de madera y lavar la ropa de cama, pero ese día no tuvo ánimos para hacer nada más, ni siquiera cocinar o comer, y como los perros no habían vuelto tampoco tuvo que alimentarlos. Se echó en la colchoneta, volvió a pasar todo un día vegetando frente al televisor y no pudo dormir ni aun ya bien entrada la noche, después de que empezó a llover y se fue la luz.

Era un aguacero potente, pero como no había viento caía estable y vertical sobre el techo de asbesto, martillándolo, ahogando todos los demás sonidos, todas las otras sensaciones, y a Damaris le pareció que no lo iba a poder soportar ni un minuto más. No podía quitarse de la cabeza lo que había pasado, la pelea que la perra había dado, ni a ella torciendo su brazo para apretar la soga y doblegarla, jalando con todo su poder, acortando la soga hasta que ya no hubo más resistencia. Así que eso era matar. Damaris pensó que no era difícil ni tomaba demasiado tiempo.

Entonces se acordó de la mujer que había picado al marido con un hacha y le había dado los pedazos a un tigre, que en las noticias llamaron jaguar. Había pasado en una reserva en el bajo San Juan y el tigre estaba enjaulado. La mujer decía que ella no lo había matado, que el marido había muerto por la

mordedura de una equis y como estaban lejos de todo y sin forma de comunicarse no supo qué hacer con el cadáver. No podía enterrarlo porque la tierra en esa selva era arcillosa, tan dura que habría sido imposible abrir un hueco del tamaño que se necesitaba, y antes de tirarlo al mar o dejar que se lo comieran los gallinazos, prefirió dárselo al tigre, que siempre tenía hambre. Nadie le creyó. Una mujer que había sido capaz de picar el cuerpo de su marido y darle los pedazos a un tigre estaba tan llena de rabia que tenía que haberlo matado.

Cuando la policía que la llevaba del San Juan a Buenaventura hizo una escala en el pueblo, todos fueron a verla al muelle. Estaba esposada y el pelo, que era largo y negro, le caía sobre la cara, pero aun así todos pudieron verle los ojos. Eran cafés y ordinarios, los ojos de una blanquita que en otras circunstancias nadie habría recordado. Sin embargo, su mirada, que nunca agachó, que le sostuvo a todo el que se atrevió a encararla, era tan dura que Damaris no la olvidó. Era la mirada de una asesina, la misma que ella debía tener ahora, la mirada de alguien que no se arrepiente y siente alivio de haberse librado de una carga.

Ximena no cuidaba a la perra, que otra vez estaba preñada, que habría seguido escapándose y volviendo a la que consideraba su casa sin importar cuántas veces Damaris la llevara de vuelta. Habría terminado pariendo en el quiosco y de nuevo ella habría tenido que hacerse cargo de los cachorros, pues la perra, como mala madre probada que era, los habría abandonado, y esta vez quién sabía cuántos le habrían nacido y cuántas hembras, que nadie habría querido. Entonces ahora sí a ella le habría tocado botarlos en la marea, que era lo mismo que matarlos, a varios perros en vez de a una sola, con lo que había solucionado todo el problema.

El sitio donde la había dejado era perfecto. Quedaba lejos de los caminos, estaba oculto por la espesura y nadie nunca iba para allá. La gente del pueblo, cuando viera los gallinazos, si es que se fijaba en ellos, pensaría que se trataba de algún animal silvestre, una chucha, un venado o un perezoso, como el que se había muerto una vez cerca de La Despensa. Además, en esa selva bastarían tres o a lo sumo cuatro días para que el cadáver quedara reducido a los huesos, que ella recogería y tiraría al mar sin que nadie se diera cuenta, de noche y cuando la marea estuviera bajando, para que se los llevara bien lejos. Damaris clamó por que Rogelio llegara después de que ella hubiera desaparecido los restos. «Seguro que sí», se dijo, optimista.

Y si Ximena preguntaba por ella, lo que sin duda haría en algún momento, Damaris le diría que no la había visto. «¿Por qué?», le preguntaría haciéndose

la boba, «¿acaso cuánto tiempo lleva por fuera?». «¡Todo eso!», exclamaría ante su respuesta, «¡¿y apenas viene a buscarla hoy?! Usted sí es muy irresponsable, quién sabe dónde y cómo andará esa pobre perra, si yo hubiera sabido que la iba a descuidar así jamás se la habría regalado».

Ahora no fuera a ser que alguno de los vecinos de la caleta, que la reconocían por su pelo gris, la hubiera visto subir al acantilado esa mañana o que a Ximena le diera por ponerse insistente con el tema, brava como el otro día o, peor aún, acusadora como con los vecinos de los que ella decía, sin tener ninguna prueba, que le habían envenenado a su perro.

¿Para qué le había dado su teléfono?, se reprochó Damaris. ¿Para qué le dijo que si la perra se le escapaba ella no se la llevaría? ¿Para qué insistió en que era su obligación venir por ella? Ahora solo faltaba que esa señora se le apareciera por la casa. «Qué va», Damaris se tranquilizó, «seguro sigue borracha y drogada con sus muchachos».

El aguacero y la oscuridad se fueron diluyendo casi al mismo tiempo y Damaris se levantó cuando clareó del todo. No había dormido nada, pero no se sentía cansada. Apenas llegó al quiosco la invadió un olor a orines, acre y concentrado. Se le había olvidado limpiar el charco. En vez de prepararse el café fue al lavadero por el detergente y los utensilios de limpieza. Fregó el piso en cuatro patas, no solo el área donde se había orinado la perra, sino el quiosco entero, y luego lo secó con el trapeador. Aspiró. Le pareció que el olor no había disminuido en absoluto, y antes de ponerse a limpiar otra vez, decidió bañarse para ver si la que olía era ella, pues mientras limpiaba se había untado las manos, las rodillas y la licra.

Damaris fue al lavadero y empezó a echarse agua con la totuma. Seguía sintiendo el olor a orines. Se restregó el jabón azul de lavar ropa por todas partes y se lo enjuagó. El olor no desaparecía. Entonces agarró un espejo rectangular que usaba cuando se peinaba y se sacaba las espinillas. Quería ver si encontraba en ese espejo la mirada de la mujer que había picado al marido y le pareció que sí y que la gente la reconocería y se daría cuenta de lo que había hecho. Luego se miró las manos anchas y ásperas con las que había matado a una perra con la barriga llena de perritos y creyó ver las marcas de la sogá en ellas. Angustiada, como rogando al cielo, miró hacia arriba. Los gallinazos habían llegado.

Algunos volaban en círculos sobre el área donde había dejado a la perra, otros se habían posado en las ramas de un árbol moribundo, pero muy alto, que había cerca del guabo. Los gallinazos del árbol estaban encorvados y miraban hacia abajo como si estuvieran listos para lanzarse y solo faltara que

alguien les diera la señal. Había demasiados, muchos más de los que se habían reunido cuando lo del finado Josué y lo del perezoso muerto. Damaris, mojada como estaba y oliendo a orines, salió del lavadero hacia el jardín y las escaleras para ver si en el pueblo los habían detectado.

Se asomó, pero no llegó a examinar la playa o el muelle, que era donde más se concentraba la gente, ni siquiera las casas junto a la caleta, porque lo primero que vieron sus ojos fue a Ximena en la orilla del otro lado. La marea estaba alta y ella, con los pantalones remangados, se estaba acomodando en un potrillo. El boga, uno de los pescadores que vivían junto a la caleta, empezó a canaletear en dirección al acantilado mientras Ximena le hablaba sin parar. Podía estar contándole cualquier cosa, los pormenores de un chisme en el otro pueblo o las maravillas del clima en esa mañana soleada, pero a Damaris le pareció que estaba hablándole de la perra y que el pescador le respondía que él la había visto subir al acantilado el día anterior. Damaris quiso esconderse, pero entonces él señaló hacia arriba y los dos alzaron la vista y se quedaron mirando el cielo negro de gallinazos. También vieron a Damaris, que no tuvo tiempo de esconderse ni hacer nada. Ximena levantó la mano en un ademán que podía ser de saludo y que Damaris entendió como un gesto de amenaza. Se sintió perdida.

En un primer momento contempló la idea de quedarse ahí hasta que Ximena llegara, dejarse ver las manos y la mirada de asesina y que se diera cuenta del olor a orines, aceptar su falta y el castigo que le correspondía, pero se dijo que ni Ximena ni la gente del pueblo podrían castigarla como se merecía. Así que pensó que tal vez debería irse al monte, descalza y apenas en su licra corta y su blusa de tiras desteñida, y caminar más allá de La Despensa, la estación de cultivo de peces, los terrenos de la Armada, los lugares que había recorrido con Rogelio y los que no habían llegado a conocer, para perderse como la perra y el niño de las cortinas de Nicolasito, allá donde la selva era más terrible.



Pilar Quintana nació en Cali, Colombia, en 1972. Estudió comunicación social en la Universidad Javeriana de Bogotá. Luego de graduarse trabajó como libretista de televisión y redactora de textos para publicidad. Viajó tres años por el mundo y a su regreso a Colombia se radicó en el Pacífico colombiano.

Ha publicado tres novelas: *Cosquillas en la lengua* (2003), *Coleccionistas de polvos raros* (2007) y *Conspiración iguana* (2009), y la colección de cuentos *Caperucita se come al lobo* (2012).

En 2007 fue seleccionada por el Hay Festival entre los 39 escritores menores de 39 años más destacados de Latinoamérica. En 2010 recibió el VIII Premio de Novela La Mar de Letras por *Coleccionistas de polvos raros*. En 2011 participó en el International Writing Program de la Universidad de Iowa como escritora residente y en 2012 en el International Writers Workshop de la Universidad Bautista de Hong Kong como escritora visitante. En 2013 ganó un estímulo del Fondo de Cinematografía para escritura de guion para largometraje por su proyecto *Lavaperros*, escrito en colaboración con Antonio García Ángel. En 2016 ganó un estímulo de la convocatoria Pasantías Nacionales del Ministerio de Cultura por su proyecto *La isla cuenta*. Sus cuentos han sido traducidos a varios idiomas y han aparecido en

revistas y antologías de América Latina, España, Italia, Alemania, Estados Unidos y China. Dicta talleres de escritura creativa.